

las dos caras de jano

cristián huneeus

editorial del pacífico s. a.

santiago de chile



"LAS DOS CARAS DE JANO"

por *Cristián Huneeus*

El autor, Cristián Huneeus, fue uno de "los diez" que formaron el Primer Taller de Escritores organizado por la Universidad de Concepción y timoneado por Fernando Alegría. Antes de incorporarse a este Taller, Huneeus ya tenía a su haber dos libros publicados, y ambos con gran aceptación de crítica y público; el primero se trata de un volumen de cuentistas universitarios entre los que Huneeus destacó ampliamente; el segundo, su obra más importante hasta hoy, es *Cuentos de Cámara*, publicado por Editorial del Nuevo Extremo, y recibido tanto por la crítica oficial como por la espontánea, con rotundo elogio. Con *Las Dos Caras de Jano*, Cristián Huneeus alcanza la dimensión novelesca y se adentra en ella con la misma grata medida y certidumbre con que supo llegar hasta los límites del buen cuento. *Las Dos Caras de Jano* es una obra que podríamos llamar "redonda", con un comienzo y un fin precisos, con una acentuada curva dramática que se aventura por el delicado mundo de los recién casados, de los primeros engaños, de la pérdida de la inocencia matrimonial; el mal introduce la punta de su larga uña en la pulpa de una vida idílica, riente, fresca, y por aquella herida chorrea, gota a gota, un argumento ricamente simbólico, sugerente, que hace de la lectura de esta novela un verdadero placer.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
Ahumada 57 — Casilla 3547
Santiago de Chile

NOVELA

Cristián Huneus / LA DOS CARAS DE JANO

Es propiedad.

Derechos reservados para todos los países.

Inscripción N° 24.799

(c) Editorial Del Pacífico, S. A.

Santiago de Chile

Impreso y hecho en Chile.

Printed and made in Chile.

Editorial Del Pacífico, S. A.

Impresores.

CRISTIAN HUNEEUS

LAS DOS CARAS DE JANO



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

A mis padres

Algo tibio le cargaba el cuerpo, grueso, opresivo; tibio especialmente, casi húmedo. Lanzó atrás las frazadas, con brusca desazón y se irguió en el lecho. Pero se hallaba ahí, lo comprendió con alivio, a salvo de la sombra acechante que cobraba vida en sus sueños. Se hallaba ahí, junto a Cecilia. Y se irguió más, con creciente alivio: ganaría, ganaría, *tenía* que ganar, estaba a salvo. Luego volvió a tenderse en el lecho, maravillado.

Haciendo destellar las buganvillas que asomaban por la ventana entreabierta, la luz de la mañana caía sobre las claras tablas del piso. El zumbido de las abejas entró alegremente al cuarto y Bernardo miró a su mujer: con su rostro de niño regalón, su dulce rostro dorado por el sol del verano, tranquilo, quieto entre sus largos cabellos en desorden, Cecilia parecía estar fingiéndose dormida, aguardando que él viniera a despertarla para hundirse en los brazos balbuceando frases vagas, risueñas, dilatadas.

La mañana entera semejó zumbar de gozo. Bernardo, olvidado por completo de las acechanzas, pensó que los labios de Cecilia estarían calientes de sueño; se vio despertándola y se vio arrepentido de haberlo hecho. Era hermoso contemplarla dormida, entregada quizá a qué

felicidad secreta, que más tarde, sonriendo sólo, le comunicaría. Y no quiso romper esa entrega. Silenciosamente de puntillas, salió en pijamas al extenso corredor blanco, y del corredor a la terraza enladrillada.

Había llegado la tarde anterior de la ciudad, y debía regresar a ella esa noche misma, sin Cecilia, para seguir al día próximo en sus tareas de constructor... La fresca luz del campo, lo bañó temblorosa. De un color oscuro, se recortaba contra ella un pino y, más atrás, de un verde azulado, un bosque de eucaliptos cuyo suelo de hojas secas despedía un denso vaho de rumores.

Simulando górgoros o gárgaras corría el agua por un riachuelo al fondo del jardín. Monologaba un pájaro con voz de bajo en los eucaliptos; otros, caminaron por el pasto dialogando, como señoritas, y otros, silbando como flautas, se iban posando de rama en rama... ¡oh, alguna vez aprendería a identificar sus cantos!

Oyó una carreta quejumbrosa que rodaba, en la distancia, por la tierra del camino. Y otro pájaro, ahora nuevo, desde el manzanar, emitió un chasquido malicioso y áspero, y quedó callado. Como a su orden, el ruido permanente convirtióse en un silencio raro: cercada por el gran prado de pasto, plateado aún por el rocío, la larga casa amarilla resplandeció bajo el sol. Y su vista erró por los magnolios y rosales, por los crateus con sus bolillas rojas, las lavandas tersamente peludas, y los tallos morados de las achiras; por los grisáceos matorrales de retamas, y por una pluma que abría, como un vasto paraguas, su racimal de flores de un violeta pálido.

Tornó, entonces, a escuchar, ya más distante, la carreta. Y en seguida, cerca de la casa, unos caballos y la grave voz de don Augusto: su suegro volvía del diario recorrido al fundo.

Sonó el opaco cerrarse de una puerta. Entraron unos firmes pasos distanciados, con un ligero tintinear de espolines. Salieron unos pasos leves, con premura. Y

se oyó el golpe seco y corto de una vara en el tronco de un árbol.

Hacia los arbustos que bordeaban el arroyo, pasó Felipe, el pequeño hermano de Cecilia. Delgado, ágil, aunque desplazándose con ese torpe y vacilante vuelo de los niños de poca edad, se había mojado, al peinarse, el extremo apenas de sus cabellos en la frente y goteaba, sin embargo, tanta agua, cual si lo hubiesen bañado con ropa.

Un muchachito moreno y desastrado, semejante de cara a un gato nuevo, se escurrió desde los eucaliptos, reuniéndose a Felipe. Era el hijo del jardinero.

Las voces de los niños, exclamando limpias, albas, como cantando, se perdían en la comba inmensa y transparente del espacio. Y, a lo lejos, la cordillera enseñaba las astillas luminosas de la nieve eterna.

Bernardo permanecía inmóvil.

—¡Oye! —gritó Felipe, lleno de alegría, al verlo—. ¡Mi yegua va a tener un caballito!

—¿Cuándo?— gritó a su vez, Bernardo.

—Luego, pues, tonto— respondió el niño.

Conmovido, se acercó a preguntarle mayores detalles. Pero Felipe gritaba ahora:

—¡Ven, ven con nosotros! ¡Te vamos a mostrar una cosa!

—Oye... Bernardo quiso aludir a sus pijamas, pero al coger Felipe su mano, se dejó guiar hacia los arbustos a que los niños lo llevaron; sin duda, el rincón predilecto de su vida imaginaria, alimentada por los relatos que Cecilia les leía. Apartando el tupido ramaje, fueron aproximándose al riachuelo. De pronto ambos se adelantaron corriendo y desapareciendo tras un matorral. Bernardo escuchó sus risas contenidas mientras fingía buscarlos con gran dificultad. Ellos al cabo de un momento, vinieron compasivos en su ayuda y lo introdujeron a su escondite. Era un pequeño claro abovedado, como cámara

de duende, en el que la luz hilaba un suave tejido de reflejos sobre la superficie de las hojas.

—Aquí viven los hombrecitos— comenzó a explicar Felipe en tono de misterio. Y agregó que aparecían en las tardes y a veces encumbraban unos volantines.

—No le vayas a contar a nadie. Una vez yo me subí a un canasto chico amarrado en un volantín y vi todo el mundo, entero— siguió, abriendo los brazos y empujando su breve estatura, con aire de ensoñación.

A la pregunta asombrada de Bernardo, el niño respondió que el río se agrandaba, era muy largo, y que llegaba hasta un país todo de oro, donde iría de nuevo en su caballito cuando este naciera. Para el otro lado, en cambio, no quería ir nunca más. Allá lo habían llevado los hombrecitos una vez que se enojaron con él porque no se quedaba tranquilo adentro del canasto. Había tenido mucho miedo.

—¿Y qué viste?— inquirió Bernardo, bajando adecuadamente la voz.

Felipe no se lo pudo contar. Era muy raro —dijo— no me acuerdo bien.

Cuando Bernardo, después de haberles pedido que lo mantuvieran al tanto de sus aventuras, se alejaba en dirección al dormitorio, el niño del jardinero lo alcanzó.

—Felipe dice que vio unos hombres con una cara por delante y otra por detrás —le dijo—; eran malos.

Bernardo, al oírlo, tuvo un sobresalto.

Volvió, cavilando, al corredor blanco. Luego al cuarto.

Cecilia no estaba en su cama. Desde el baño se oía el apurado y metálico repique de la ducha, que se ahogó blandamente, de improviso, al caer sobre su cuerpo.

Arrimándose a la puerta, Bernardo golpeó con la sensación de que pedía ayuda, de que las acechanzas no cesaban de apuntar a él. No hubo réplica. Quiso abrir. No se atrevió. Una suerte de acuerdo previo, sin palabras, una tierna languidez, les impedía, frecuentemen-

te, separarse del todo y, en cierta manera, lo autorizaba para hacerlo. Hoy no ocurrió eso, no alcanzó a ocurrir nada.

—¿Está ahí...?— escuchó, entonces, la voz de Cecilia.

Era una voz ansiosa y riente, con algo de quieta plenitud, al mismo tiempo: una voz delgada, confiada, que descubriría un mundo íntimo de cosas familiares, de entrega y amor y dulce pereza.

Calmado al oírla, miró la mesilla del velador y advirtió, recién, junto a la pequeña lámpara de pantalla verde, la bandeja con dos tazas, tostadas, y un jarro de leche humeante. Tuvo hambre. Alguna de las empleadas había traído el desayuno. Se sonrojó. No se convencía de que estuvieran casados y, cuando alguien asomaba en la intimidad de Cecilia y él, sufría una imprecisa vergüenza. La empleada debió ver ambos lechos, con ese tibio nimbo de los lechos luego de una noche; debió haber visto la ropa interior de Cecilia y la suya sobre el sillón. “¡Qué tontería! —se dijo— hace tres meses que somos marido y mujer...”

Delicados dibujos de Cecilia pendían de las paredes del cuarto: bailarinas, flores, niños; dos antiguas cartas de la región, puestas en marcos de un tenue color amarillo: Santiago y Valparaíso eran, apenas, un campanario de iglesia y cuatro o cinco casas sin ventana, alzándose, entre los cerros que los separaban, multitud de pequeños árboles copudos; pendía un flotante dibujo chino con montes de difusa perspectiva y un templo aéreo.

Nada cambió en el cuarto de Cecilia desde que, un año atrás, lo arreglaron entre ambos. Incluso esa ramilla de acacio que, a los pocos días de haberlo conocido, ella fue deshojando mientras decía lentamente: “me quiere, mucho poquito, nada”, estaba aún clavada en la pared, con la última hoja. “me quiere mucho”, de un tierno ocre encarrujado por el tiempo.

Sólo algo había que no databa de aquella época —y los ojos de Bernardo, al igual que tantas otras veces en

el último tiempo, quedaron retenidos allí: era una reproducción de *La Maternidad* de Picasso, regalo suyo de noviazgo. Cecilia prometió llevarlo siempre consigo donde fuese. "Cosas de mujeres, ¡qué bueno que las mujeres tengan cosas de mujeres!". Y al venir por unos días al campo de sus padres, lo descolgó del departamento donde vivían en Santiago, y lo trajo.

Cuando Bernardo, en la ciudad, se levantaba o se acostaba, o salía o entraba en el dormitorio, solicitado inevitablemente, contemplaba el cuadro: en ocasiones el rostro sereno y desmayado de la madre con la pálida flor rosa en el cabello, o la manito de cortos dedos del niño, o las calmas y largas manos de la mujer, o la perfilada forma de sus pechos —no sabía, qué— siempre algo distinto, siempre algo, lo llamaba y le producía una indefinible palpitación interior, una mágica atracción. Por lo que significaba para él, la sola idea de que hubiese millares de idénticas reproducciones repartidas por el mundo; le molestaba. Y, para colmo, tendría él mismo que dar a Andrea, una amiga de su mujer, la dirección del lugar donde lo comprara. No sabía qué podría significar el cuadro para Andrea; con sus treinta y cinco años equívocos no fue nunca una mujer precisamente maternal (aun cuando Cecilia, bien intencionada, la defendiese con cierta compasión...)

La ducha se cortó, y Bernardo creyó *ver* el mudo movimiento de Cecilia, saliendo, para secarse, hasta el piso del baño.

—¿Cómo durmió?— preguntóle, animado por una jovialidad inexpresable en ese mero par de palabras. Pensó en que al tratarse siempre de "usted" creaban un ámbito privado e íntimo al que nadie, excepto ella y él, poseía acceso; un hermoso ámbito exclusivo.

Cecilia respondió que había dormido bien, que había soñado algo muy bello.

—No como usted— agregó al desgaire. —Yo soñé con un duende— y rio.

Bernardo rio, asimismo, tendiéndose en la cama. Cecilia soñaba, en verdad, sueños distintos a los suyos. Y con sólo apuntar a éstos, despojándolos de realidad como quien quita la sábana a un fantasma, los desvanecía. Le parecieron, pues, sombras de otro mundo, relativas a otra cara, perdida en la distancia, de las cosas. Inquirió a su mujer, alborozadamente, cómo era el duende.

—Se parecía a Felipe, pero las orejas le nacían desde el cuello y las tenía más largas, más de duende.

Bernardo sintió que una sonrisa amplia y larga se le pintaba en el rostro.

—¿Cómo se llamaba?— se oyó interrogar con voz curiosa.

Cecilia demoró la contestación. Sin duda, ignoraba el nombre del duende. Cuando lo hizo, una cierta picardía y un soplo de felicidad vibraron en su voz:

—Se llamaba Benjamín.

Bernardo miró al niño del cuadro: “Benjamín”. Y, estirándose de pie a cabeza, hasta poner tenso todo el cuerpo, se incorporó y giró los brazos, como un remolino, oyendo el ruido alegre de las articulaciones de los hombros; emitió, más tarde, una especie de mugido de contento, y comenzó a pasearse por el cuarto.

—¿Qué le pasa?— demandó Cecilia con asombro desde el baño.

—¡Usted está inventando!— exclamó él, mientras se restregaba el cabello.

—¿Y qué importa?

Bernardo quedó inmóvil. ¿Qué importaba? Luego reanudó su paseo.

—Apúrese —pidió— se va a enfriar el desayuno.

—Oiga —habló ella— ¿se va a parecer Benjamín a Felipe?

—¿Cómo quiere usted que sepa? —entonó Bernardo, y de inmediato afirmó:

—Se va a parecer a mí.

—No, a mí —replicó Cecilia.

Bernardo se acercó a la puerta del baño y puso la mano en la chapa.

Una sombra proyectóse, entonces, sobre las tablas del dormitorio, larga y angosta. Pancho, el mozo, asomó inoportuno entre las buganvillas.

En mangas de camisa y con su delantal de mezclilla azulina, cimbró su flaco y narigudo rostro blanco y, aunque a medio afeitar, lampiño.

—Hola —dijo.

“Cuando irá este a aprender —pensó Bernardo—, llega cuando quiere y, todavía, saluda así”. No obstante, también dijo:

—Hola.

—Don Augusto manda preguntar si se vistió, don Bernardo.

—¿Qué creés tú? —Bernardo soltó la chapa y, cogiendo con enojo los faldones de su pijama, se los enseñó.

—Es que quiere que vaya a ver al *Francisco*; está bien bonito ¡viera usted!

—Vaya —intervino la voz de Cecilia—, vaya y después me viene a buscar. Le va a gustar el *Francisco*. Es enorme pero es un encanto.

—Bueno —respondió Bernardo, obsecuente.

“Anda a decirle a don Augusto que ya voy —indicó al mozo.

Y la sombra de Pancho desapareció del piso, dejando en su sitio la luz de la mañana que jugueteaba. El mozo se alejó silbando una marcha militar. Como siempre a esa hora, iba a efectuar —si es que alguna vez llevó, de hecho, algo a efecto— el aseo de la sala: sonarían espesamente las alfombras y gruñirían agudamente las patas de los muebles; moveríanse las cosas de allá para acá y de acá para allá; rasparía el piso un poco la escoba, y, demasiado pronto, a su puesto volvería todo. Al compas de marchas militares.

—¿Quién es Francisco? —inquirió Bernardo a través de la puerta.

—Un cerdo —dijo Cecilia—, que mi papá trajo durante la semana.

—¡Pero si yo creía que era una persona!— Bernardo tornó, riendo, a tomar la chapa, la hizo girar, empujó la puerta, y entró.

Cecilia, envuelta en una sábana de baño, peinaba sus cabellos de color madera oscura ante el espejo. Sus tersos hombros dorados y el manso nacimiento de sus pechos hacían un contraste intenso con el blanco de la sábana que, al llegar a las rodillas, dejaba ver sus piernas armoniosas, ligerísimamente arqueadas, igualmente doradas por el sol. La niña —se veía como una niña, apenas de quince años— volvió hacia Bernardo su bello rostro ovalado, de barbilla curva y mejillas suaves, dulces labios y nariz pequeña. Unas gotas de agua le humedecían las pestañas.

—¿Y usted? —preguntó— ¿qué hace aquí?

Sus grandes ojos pardos resplandecieron de gozo.

Bernardo, acercándose, la besó. Tenía los labios fríos y gratamente fría la mano que le abrazó la nuca.

Entreabrió los ojos y, al sesgo, pudo ver la imagen de ambos reflejada en el espejo. Cecilia también entreabrió los suyos y, en el vidrio, sus miradas se encontraron. Rieron. Ella se arregló la sábana que comenzaba a caer, y Bernardo, secándole las pestañas, la besó de nuevo.

—Mentirosa —dijo en seguida.

—Sí, es verdad —afirmó Cecilia.

Rieron otra vez. El advirtió que la llave del lavatorio aún corría y que el agua, roncoteando, salpicaba levemente los cuerpos. Extendió la mano para cerrarla.

—¿Qué va a hacer? —demandó Cecilia, alcanzándose la en el aire.

Eso le procuró la idea. Con rapidez puso la mano debajo el chorro y lo apuntó a la cara de Cecilia. Ella dio

un leve grito, un empujón a Bernardo, y, presionando el caño de la llave, le oscureció de agua el pijama.

Saltando hacia ella, Bernardo se adueñó del caño. Cecilia escapó hacia la tina, abrió la llave y enfiló una gruesa bocanada hacia Bernardo, que empezó a correr por el estrecho cuarto, riendo y protestando. Regresó luego al lavatorio, y corrió Cecilia, intentando protegerse con las sábanas que descolgaban de las barras. Se apoderó, entonces, de la tina, y Cecilia tuvo que conformarse con el lavatorio.

Corrían y corrían, salpicando a gusto el agua del charco que se formaba en el piso empapado, y topando a cada instante en las paredes. Infinitas gotas resbalaban por ellas, luminosas, o quedaban fijas, como pequeñas ampollas de la pintura, o fulgían como perlas en la cortina de plástico. El espejo parecía diluirse en agua y reflejaba imágenes envaguecidas que se deslizaban hacia abajo. Los vidrios de la ventana pintados de blanco sonaban como azotados por mangas de lluvia. Y Cecilia y Bernardo escapaban y se perseguían riendo, hasta que se encontraron y, cual evadiéndose, se besaron, y luego, rendidos, con una cierta humedad en la mirada, se volvieron a besar.

—¿Me quiere usted? —preguntó ella.

Bernardo le acarició la fría y fina y mate piel de las mejillas.

—Sí, mi amor, la adoro.

Enseguida, como niños arrepentidos, ansiosos de mantener la travesura en secreto, buscaron un paño seco y se dieron a limpiar el cuarto, algunas partes minuciosamente, otras a toda carrera.

—¡Oiga! —dijo ella, de pronto, llevándose una mano a la boca—: ¡lo están esperando!

Cuando Bernardo salió al jardín y fue hasta la terraza que enfrentaba a la sala, sitio donde trascurría gran parte de la vida familiar y donde, con certeza, estaría aguardando don Augusto, tuvo una imprecisa inquietud: no estaba don Augusto allí.

Quizá se había molestado por su tardanza: no se molestaba con facilidad, pero una cierta aspereza en él, un cierto rigor de hombre mesurado y severo tendía una suerte de respetuosa turbación en torno suyo. Quizá se había molestado.

Recordó aquel verano en que don Augusto —lo acababa recién de conocer— perdió la medida una tarde y los reconvino alterado, a Cecilia y él, porque los halló besándose junto a la laguna.

Sintió de nuevo el sinsabor de aquella tarde. Pero no. Ahí venía don Augusto, con su voz grave y su firme paso.

—Hay que podar esto, Pancho —ordenaba, abriéndose camino entre las columpiantes guías del parrón.

Vestía una camisa cuyas mangas cortas dejaban ver sus antebrazos enrojecidos por el sol del campo, y cuya tela traslucía los vellos apretados de su pecho. Portaba un aire fresco, saludable, de hombre que se ha levantado temprano: no se hallaba molesto, sino lo contrario.

Subió una mano hasta el sombrero de gabardina, tomó el borde del ala, y extendió la otra mano, vivamente, a Bernardo.

—Quiubo —dijo— buenos días: cómo amanecieron ustedes.

Bernardo contestó que bien. Y le hizo, a su vez, la misma pregunta.

—¿Yó?— Don Augusto sonrió, luciendo unos dientes blancos y parejos, como diciendo “yo nunca amanezco mal”, y se acarició con los dedos el tabique de la nariz. Vamos adonde Francisco.

“Es muy lindo esto de ser recién casado —siguió, entrando inesperadamente al tema; Bernardo se ruborizó— es muy lindo. Y es curioso. La persona con que uno más tiempo pasa en la vida, con la que más largo vive, es la que uno menos conoce: tú ves a una mujer de la que no eres pariente ni amigo ni nada; la ves, te enamoras, y decides armar con ella un hogar. Y lo armas. El tiempo pasa y todo cambia. Es difícil, pero, por si te interesa conocer mi experiencia, es muy hermoso. Se sufre, pero ¿sabes? no debe uno creerse nunca el único ni el más importante. Hay que escuchar y hay que ceder. Aunque cueste. Así se es feliz.

Bernardo se preguntó si don Augusto podía. No le hallaba cara de hacerlo mucho. Lo miró. Iba sin hablar. Sonaban sus pasos gruesos y el tintineo de sus espolines. Iba cavilando, quizás en lo que había dicho. Quizá pensaba, como él mismo, que, al fin de cuentas, no era ese el problema; que, al fin de cuentas, imposible era saber *cuál* era el problema. Se trataba, como solía decirse, de una especie de lotería. Todo recién nacido traía consigo un boleto para el gran premio. Y, absolutamente solo, con su sola esperanza, esperaba obtenerlo. En algún lugar lejano, en alguna remota esfera, se jugaba el sorteo. Y sólo unos pocos no perdían, quedando el resto abandonado, engrisecido, polvoriento. Bello consuelo resultaba el cielo, entonces.

Pero él iba a ganar. Cecilia y él tenían que ganar. Sería injusto que perdieran. Demasiado injusto.

—Usted debe tener razón... dijo, con cierta duda.

—Después de todo... —comentó su suegro, como sacudiéndose.

“Mira —agregó.

Llegaban al término del parrón. Bordearon el gallinero donde un par de gallos blancos, aleteando iracundos, hechas un crespón las plumas del cuello, saltaban cual tirados por un hilo desde el aire, y se daban de picotazos en la cresta. Bordearon, luego, el corral de los patos, donde una docena de patos chicos y un par de patos grandes, en familia, paseaban con inexplicable suficiencia por la arenilla negra.

—Ya estamos —indicó don Augusto, y, mientras Pancho abría una verja bajo una planta de hojas de color cereza, hizo entrar a Bernardo al vasto reducto de Francisco.

Los cerdos, sobremanera ocupados en su mezcla de cáscaras multicolores y de afrechillo no prestaron atención al chirrido de la verja. Bernardo y don Augusto los observaron: abundantes, gordos, meciéndose, estaban congregados en una suerte de asamblea.

A las instancias de Pancho que lo picaneaba, un ejemplar descomunal retrocedió pesadamente, con el inmutable y ofensivo sacacorchos de su cola enarbolado. Giró, mirándolos con ojos soñolientos; arrugó el hocico, desparramándose en el barro, y les estiró sus cortas patas ridículas.

—Ese es Francisco —dijo don Augusto— nos está haciendo fiestas; es un tipo muy simpático: fíjate, nos está saludando.

El animal se levantó, y, nuevamente, ahora dando resoplidos, los miró. Su puntudo pelaje, parco como en proceso de calvicie, dejaba ver las escamas de lodo prendidas a su piel. Bernardo tuvo un presentimiento extraño, y sonrió con mal disimulado temor. Francisco hincó las pezuñas en el barro y, bruscamente, se lanzó en su contra.

Bernardo vaciló un instante, y escapó.

—Hombre, hombre, ¡Francisco! ¡qué es eso! —ex-

clamó don Augusto, mientras el cerdo pasaba violentamente junto a él.

Cogiéndose al vuelo de un exiguo manzano, Bernardo salió disparado en dirección contraria. Francisco dio un empujón al tronco —el manzano restalló como un látigo— y quedó un momento acezando, cubierto de hojas, evocando turbiamente a una divinidad caótica.

Apenas un momento, pues ya iba otra vez en los talones de Bernardo que alcanzó a trepar de un brinco al techo del gallinero. Crujiendo, la casucha se removió hasta la raíz con el envión del cerdo, y despidió una polvareda de cal blanca y cacareos y revolotear de aves.

Bernardo cayó sobre las planchas de zinc y al incorporarse, se llevó las manos a la boca. (Recordó que Cecilia, poco antes, había hecho lo mismo al pensar en don Augusto). Demudado, contuvo una exclamación de estupor.

Don Augusto, apuntando al cielo sus botas de caza, volaba por los aires y caía al barro negro.

Francisco, sin miramientos, cobraba posición para una nueva embestida.

Entonces intervino Pancho. Con su delantal de mezclilla y desprovisto de todo son marcial que le confiriese dignidad, corría de un lado a otro cayendo y levantándose, cubriéndose a mano abierta las injuriadas posaderas.

La algarazara trajo el socorro de unos peones que ayudaron a Bernardo a rescatar al mozo del deshojado manzano entre cuyas ramas, pálido, encogido y sacudido, como vigía en un vendaval, había hallado refugio del furioso Francisco.

Don Augusto, algo blanco de rostro y muy negro de camisa, examinándose el cuerpo parte por parte y detenidamente, con un serio brillo en la mirada y una especie de risa nerviosa o protesta de cólera a punto de abrirse de sus labios, parecía impedir que sus ojos se cruzaran con los de salvadores y demás víctimas, clava-

dos en él, prestos, sin duda, a reaccionar como él lo hiciera.

Caminaron en silencio de regreso a la terraza, y Bernardo descompuesto, sentía que tras cada ventana aguardaba la ansiedad de una sirvienta o de un miembro de la familia, tensa, agarrotada, conteniéndose apenas, como con cadenas, para no expresar la aún incierta reacción ante el episodio.

Pancho cerraba la grave marcha, dando a diestra y siniestra tímidas miradas de vigía atemorizado por el raro mundo al que los arrojó el naufragio.

Y don Augusto iba adelante. Caminaba sin volver el rostro, con la adusta firmeza —pensó Bernardo— de quién por instinto de conservación se niega, quizá inconscientemente, a reconocer la verdadera magnitud de un atentado.

Alcanzaron la terraza.

Doña Magdalena, enterada ya de la noticia, aguardaba en suspenso. Era una fina mujer de labios dulces, de cabellos rubios y de ojos pardos como los de Cecilia.

Don Augusto se quitó el sombrero y se dejó caer sobre una silla de lona. De pronto palmeó las rodillas con sus manos. Y estalló en una gruesa carcajada. Doña Magdalena, Pancho, Cecilia, que en ese momento abrían la puerta de cristal, se observaron y, como sintiendo que una angustia incómoda se les evaporaba, lo imitaron, riendo con el mismo empeño. Bernardo, hizo un esfuerzo y los imitó, también, al cabo de unos segundos, recordando su primera determinación de la mañana: *tenían* que ganar.

—Nunca creí que echaría a la broma lo de esta mañana —dijo Bernardo, en tanto caminaban por el pequeño bosque de eucaliptos—. No lo creí nunca— añadió con énfasis. Quiso añadir más. Quiso expresar el tono de presagio que tuvo para él ese episodio. Pero Cecilia estaba demasiado lejos de concebirlo así. No le habría entendido, tan segura estaba de que no había sido más que un episodio, aunque desconcertante, sin mayor trascendencia, que él empezó a dudar y terminó por reír de sus temores.

—Yo tampoco lo habría creído —observaba ella.

—¿Sabe? —dijo Bernardo, entonces— cuando lo vi en el aire me llevé las manos a la boca; lo mismo que usted cuando en el baño se acordó de él.

—Es que hacemos gestos iguales. Nos estamos mimetizando, ¿se acuerda que una vez nos creyeron hermanos?

Iban cogidos por la cintura y se movían lentamente sobre las hojas que se partían como crepitando. El sol caía, ardiente, desde el cielo y, en torno al bosquecillo, el campo parecía palpitar como una llama.

—¿No se bañaría usted en la laguna? —sugirió Cecilia.

Bernardo se acercó a un árbol y restregó la corteza, hundiendo la uña en una larga hendidura. Reía, para sí, de sus temores. Todo era bello y marchaba bien; y de niño le enseñaron que cuando las cosas iban de esa forma, se cernía sobre ellas un peligro. Sí, esa era la única raíz de sus temores.

—¿Oiga? —insistió ella.

—No... Hace demasiado calor —dijo Bernardo, sin pensar en lo que decía.

—Por eso, pues...

—¡Soy un tonto! —exclamó.

—¡Flojo; eso es, un flojo!

Bernardo la rodeó con sus brazos y le preguntó si lo quería. Ella lo besó sin hablar.

El apoyó su cabeza en la de ella.

—Parecemos hermanos —balbuceó—. Usted es la hermana menor y yo soy el hermano mayor. O al revés. Usted me da fuerza y me lleva a mirar las cosas de otro modo.

Cecilia le llegaba hasta la barbilla. Cuando se ponía tacos altos, hasta la nariz. “¿Vé como soy grande?”, le decía. “Sí, mi amor”, contestaba él: “Inmensa”.

Alcanzaron hasta el centro de los eucaliptos. Sentándose en un pequeño claro, quedaron en silencio. Al fondo, entre los arbustos, se oía el rumorear del riachuelo confundido a las risas de los niños. Bernardo recordó sus juegos, pero no así el viaje de Felipe que le contara el hijo del jardinero.

Ella cortó una hierba y la mordió. Luego se la ofreció.

Tenía un fresco sabor agrídulce.

El apartó unas hojas caídas sobre el pasto, se tendió, y apoyando la cabeza en la falda de ella, cerró los ojos.

Vibraba el sopor pesado de la tarde. Como una onda, lo cruzó un lejano y hondo martilleo de maderas.

Ella tomó la cabeza de él entre sus manos y, alzándola, se puso de espaldas a su costado. Bernardo se dejó hacer y cuando su cabeza estuvo en el hombro de Cecilia, entreabrió los ojos, la besó, y los volvió a cerrar.

—¿Se va a dormir? —preguntó ella—. Usted siempre se queda dormido antes que yo —continuó, deslizándole la punta de los dedos por el rostro. Siempre, siempre...

“Despierte —pidió, moviendo sus labios en la oreja de Bernardo.

—Estoy despierto— murmuró él, esta vez fingiéndose adormecido: en verdad, siempre se dormía él primero. Apoyado en ella se relajaban sus tensiones, y lo invadía una dulce serenidad que le permitía el reposo. Estoy despierto —murmuró otra vez.

—No-pien-sa —negó ella, dando leves golpecitos con sus dedos en la frente de él.

Bernardo se incorporó.

—¿Ve? Estoy despierto.

Y, pasando su antebrazo bajo el cuello de Cecilia, le acarició la nariz.

—Hasta ahí me llega usted cuando se pone tacos altos.

“No —se corrigió—. Hasta aquí. Y tocó su propia nariz.

—Soy inmensa ¿ve? —dijo ella. Y usted me encuentra siempre chica.

Pero Bernardo se había puesto inesperadamente serio.

—¿Qué le pasa?

—¡Qué extraño! —respondió él con un timbre de fascinación en la voz.

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—Es que no guarda relación ninguna con todo esto; sentí ese aroma de los eucaliptos... y... ¡qué extraño!

Permaneció en silencio. Había experimentado durante un segundo, como una ráfaga, la sensación de estar aspirando ese mismo aroma y en ese mismo sitio, mas en otro tiempo, mucho antes, en algún momento impreciso del pasado. ¿En qué momento? ¿Cuándo? En alguno que, durante esa ráfaga, fue un panorama intenso de las horas y los días que había vivido en ese campo. Nada escuchó ni visualizó: solamente percibió el aroma fragante, penetrante, de los eucaliptos, y *estuvo* en el pasado, durante un segundo. Recordó haber vivido algo

igual sólo una vez, hacía años. Y, como ahora, hacia nada concreto lo había proyectado la sensación, hacia ninguna imagen particular, excepto la sensación misma, dolorosamente fugaz, de estar en otro tiempo.

—¡Qué extraño! —repitió, y contó la experiencia a Cecilia.

La muchacha lo contemplaba callada.

Con una felicidad perpleja y súbita, Bernardo comprendió que, en ese instante, sus manos estuvieron palpando un aire que pertenecía a lo perdido, a lo que estuvo una vez en él y no lo estaba ya ni lo estaría nunca más; a lo que fue y ya no era ni jamás de nuevo sería.

—No fue un recuerdo —continuó—; simplemente caí, me sumergí en ese otro, deshecho de lo que soy ahora.

“¿Recordé algo? ¿algo siquiera? Se lo prometo, nada: en absoluto, nada; fue una sensación pura”.

Y cayó en los brazos de Cecilia que, callada siempre, le acariciaba el cabello.

—¡Qué de cosas! —prosiguió, después de un largo silencio en que sólo se escuchaba el latir del corazón de su mujer— ¡qué de cosas hay en la memoria! Y se olvida, mi amor, y se olvida y se olvida. ¿Recuerda cuando nos conocimos? ¿Y la primera vez que vinimos aquí? ¿Y la primera vez que nos besamos?

Ella seguía en silencio.

—Usted me fue a dejar a la casa —dijo luego de un rato— y me miró sin hablar una palabra, alargó un brazo y me hizo cariño en el pelo...

Bernardo sonrió y, apoyando un codo en la tierra, alzó la cabeza para afirmarla en la palma de la mano.

—La manguera del jardín estaba puesta —continuó Cecilia— y el agua sonaba muy despacio, despacito, mientras caía al pasto. Yo me volví hacia ella ¡y usted se aprovechó!

Bernardo sonrió de nuevo.

—¿Cuántas veces, después de esa primera, nos

hemos besado? —preguntó ella en seguida, en voz baja y demorando las palabras.

—No sé —respondió él, trazándole con el tallo de una hoja seca una rayita blanca en el brazo.

—Tampoco yo —musitó ella con melancolía.

—¿Y cuántas veces hemos venido al campo? —prosiguió Bernardo.

—Tampoco sé —volvió ella a musitar.

Inclinándose hacia él, le preguntó al oído, en un matiz entre tímido y audaz y orgulloso:

—¿Y cuántas veces... hemos estado juntos?

Bernardo la estrechó en sus brazos. Y besándole suavemente los ojos, que se agitaron como pajarillos bajo sus labios —tampoco sé— le contestó.

—No sabemos nada —dijo ella.

El asintió lentamente.—Y yo quisiera saberlo todo. No quisiera que la trama del tiempo fuese, cada día que pasa, haciéndose más densa. Llega a ser impenetrable y confusa, y deja, casi, de parecer un tejido de mil cosas diferentes; se convierte poco menos que en una superficie lisa y plana donde nada se distingue de nada y todo tiene el mismo tono. Cuando uno recuerda, reconstruye, inventa, teje de nuevo y resulta algo distinto: crea. Pero rescatar, en toda su maravillosa verdad, en su *verdadera* verdad, un momento del pasado, apenas se puede tres o cuatro veces en la vida.

“Y lo raro es que todo eso desconocido sigue siempre en uno —continuó Bernardo—. Todo eso es uno. Y se vive a partir de eso.

E, intuyendo que se alejaba, pero intuyendo, al mismo tiempo, una relación quizá muy íntima entre lo dicho y lo que comenzaba a decir, prosiguió:

—Hay un orden en las cosas... *y cuando el mar corre impetuosamente contra la arena, teme llegar a los términos señalados, y, viendo allí escrita la ley que le fue puesta, da la vuelta a manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno para, y vuelve hacia*

atrás, aunque no quiera... Siento que todo avanza como dirigido, creándose cuidada y lentamente, quizá desde dónde...

—Dios —dijo Cecilia.

—Yo no sé si Dios exista —dijo Bernardo.

—¿Entonces qué? —preguntó ella.

—No sé; un orden de las cosas, que va organizando el movimiento de las vidas; quizá un orden *dentro* de las vidas mismas. Hay una armonía en cada vida...

—Pero usted, a veces, no ha dicho eso —habló Cecilia—, ha dicho que hay algo que lo está rompiendo todo.

Bernardo se tendió de espaldas. Las ramas altas de los eucaliptos, mecidas por la brisa, entrechocaban, aplaudiendo en sordina.

—Sí —dijo— lo he dicho y lo he pensado y lo he sentido; lo sentí, en parte, esta mañana; pero no lo siento aquí, ahora, con usted. Ahora siento que cada gesto, cada acto, cada movimiento, surge de una misma fuente, de una fuente grande y honda, pero la misma siempre, y va cavando los cauces del río que será el futuro: siento un orden en que todo va y todo viene acorde, por muy vasto que sea el marco o por mucho que sea lo que ocurre: algo así como una música.

“No recordamos cuánto nos hemos besado, hemos venido aquí o hemos estado juntos, pero siento que somos desde todo eso. Y seremos desde todo eso. Me gusta venir aquí porque hallo un símbolo de nuestra vida... ¡hemos venido tanto! ¡han ocurrido tantas cosas! Y siempre Felipe y su amigo pasan en sus juegos; nos sentamos a conversar en la terraza. vemos tejer a su madre en la sala. caminamos en las tardes por los mismos caminos y los mismos potreros que nos recuerdan tantas cosas... siento como si aquí hubiera ocurrido todo. Como si cada piedra y cada tronco y cada pasto pudiera contarnos algo de lo mucho que sabe de nosotros.

“Y en diciembre enfardan los tréboles; y en enero cosechan los duraznos y el trigo; cortan los choclos en marzo; y en junio podan los duraznos y los desinfectan en agosto y siembran, de nuevo, el trigo; y en septiembre florece todo el campo y los cerros y comienza a bajar la nieve de la cordillera; y en octubre empezamos a venir todos los fines de semana y jugamos con los niños y conversamos con sus padres y, en las tardes, caminamos por los mismos potreros y los mismos caminos...”

“Es como ser parte de un vasto movimiento, como no estar solo, como pertenecer —otras veces siento que no es así, no me importa contradecirme; otras veces siento que estamos solos: no lo siento así ahora —ahora siento que pertenecemos, que *una ley nos fue puesta* y nos realizamos dentro de ella. No lo sentía antes de haberla conocido a usted...”

Cecilia sonreía, con timidez, como temiendo expresarse. Atrajo a Bernardo, y hundió la cabeza en su pecho, rodeándole el cuello con los brazos.

Bernardo dejó deslizar su mano por la espalda de Cecilia y, quedamente, la movió haciendo círculos. Amaba el silencio de su mujer; ese silencio pleno de intuición que era su reposo y su refugio.

Caminaban en la suave penumbra iluminada por la luna, y un surco de aroma de lavandas flotaba en la noche espesa de recuerdos. Cecilia se había soltado el pelo y su cabellera caía sobre sus hombros, sobre el brazo desnudo de Bernardo.

—¿Por qué tiene que irse esta noche? —se lamentó ella.

—El trabajo, mi amor...

—¡Si sé! —rezongó Cecilia, con mansedumbre.

—Cada día hay más...

Y Bernardo habló de su trabajo: construir, Ajustar con empuje y pensamiento el mundo para que la gente lo habitara. Ir, paso a paso, difícilmente desplazando las incertidumbres y las acechanzas, avanzando hacia la consecuencia del orden y la armonía que a veces se revelaba en la naturaleza de las cosas...

Y continuaron luego, en silencio. Que debía aprender del silencio de Cecilia, se decía Bernardo a menudo: de su silencio más claro que todas las palabras.

—Escuche —observó, de pronto, dejando escasamente oír su voz.

El sollozo de un niño doliente, lastimero, los detuvo.

—¡Felipe! —dijo ella y, cogiendo a Bernardo de una mano, apresuraron el paso.

Semiiluminado por la lámpara de la terraza, surgió el vientre ancho de una tinaja de greda. Apoyado en ella, y con las manos en un aleteo detenido en torno a la boca, Felipe lloraba, sacudidos su pequeño cuerpo y sus despeñada cabeza por unos suspiros indefensos.

Cecilia corrió hasta él y lo tomó en brazos.

—¿Qué te pasa, Felipe! —exclamó.

El niño se pegó a ella y durante un momento no pudieron preguntarle nada: sólo obtenían por respuesta el llanto, avivado, y una descripción incomprensible.

—Da-ba-vuel-tas-y-da-ba-vuel-tas- se le entendió decir, al cabo, con voz acongojada y entrecortando las palabras. Sus ojos pardos, brillando de lágrimas, se agrandaron de pavor. —Da-ba-vuel-tas-y-da-ba-vuel-tas-la-ye-güi-ta ¡como una loca!— gritó hundiendo la cara en el hombro de Cecilia. Sus pies se agitaron en el aire y golpearon la tinaja, que emitió un redoble frío.

Bernardo sintió una extraña angustia. Quiso hablar, pero Cecilia, rodeando al niño con sus brazos y meciéndolo, fue en busca de una silla y le indicó que no lo hiciera. Bernardo observó que ella también tenía una expresión de miedo en la mirada. Se acercó.

—Tuvo-dos-caba-lli-tos —logró decir el niño— y-uno-na-ció-muerto ¡el más lindo! ¡era el que yo quería!

Bernardo apretó los puños. No se atrevió a mirar a Cecilia.

—¡Daba vueltas. como una loca, daba vueltas! —exclamó Felipe. Y volvió a sollozar.

—El más lindo nació muerto... y el otro, estaba mordido, ¡y tuvieron que matarlo!

Bernardo sintió que la mano de Cecilia se tendía con desesperación hacia él, que le cogía la cintura y se le abrazaba; que el rostro de Cecilia caía, restregándose, sin comprender, como preguntando, sobre su cadera.

—Dava-vuel-tas-y-da-ba-vuel-tas... repitió el niño lentamente —tuvieron-que-la-dear-la... ¡como una loca!

—Cierto, *hombre* —insistió Bernardo. Era grato decirle "hombre" al niño; era como crear con él una complicidad propia de gentes grandes.

"*Hombre* —repitió— ¿tú crees que eso a mí me cuesta mucho?"

El niño lo miró con menos expresión de duda. Ber-

nardo lo sintió al fin dando por seguro que su promesa no era imposible de cumplir.

—Vamos —aceptó Felipe, entreabriendo la boca, y esbozando una sonrisa. Luego se llevó las manos a las caderas, en actitud de reto:

—Pero vamos ahora.

—Ahora, ahora —exclamó Cecilia, con un relieve de premura en sus palabras, de angustia, como urgida por la necesidad de espantar algo siniestro.

—Vamos —dijo Bernardo, examinándola con atención: Ella había presentido lo que él en la mañana. Sentó al niño en sus hombros, y las emprendieron hacia el riachuelo espejado por la luz de la luna.

Felipe señaló el cielo y preguntó:

—¿A qué hora vamos a llegar?

—Depende —dijo Bernardo.

—¿Y no se mueve la luna?

—Sí —dijo, con ansiedad, Cecilia— por eso tenemos que apurarnos; para que no se nos escape.

Bernardo envió un beso a su mujer. Ella sonrió con desasosiego. Y Bernardo reflexionó en que no sólo debía tranquilizar al niño, sino, principalmente, a ella. Tal vez así lograría tranquilizarse él.

Cruzaron el riachuelo y se internaron en un potrero de alfalfa.

Bernardo observaba al niño; advirtió que traía una pregunta al borde de la lengua; que parecía traerla desde el riachuelo, y sospechándola se adelantó para evitarla:

—¿Te gusta como suenan los zapatos? —preguntóle, alzando la cabeza y viendo cómo se le balanceaban los pelos en la frente.

Felipe prestó atención y respondió que sí.

—¿Sabes cómo suenan?

El niño prestó atención y respondió que no.

—Susurran.

Felipe guardó silencio.

Caminaron largo bajo el susurro de los zapatos entre la alfalfa.

Seguidamente se internaron en un espeso maizal y, mientras Bernardo tropezaba en los bordes de la acequia por donde caminaban, el niño le preguntó por las serpientes.

—Aquí no hay serpientes —respondió Bernardo.

—¿Y leones?, ¿y lobos?

—Tampoco.

Después, el niño inquirió si no les saldría al paso un cerdo como Francisco. Bernardo, esforzándose por impedir que lo tocara esa conexión entre ambos episodios establecida involuntariamente por el niño, tuvo que narrarle una larga historia sobre cazadores de leones, de serpientes y de lobos. Además hubo de explicarle que, mediante ciertas palabras muy bien conocidas por él, los animales malos se hacían buenos y conversaban con los hombres.

—Sobre todo con los chiquillos de tu edad —concluyó.

Felipe, sin embargo, con los ojos desorbitados y el corazón golpeándole en el pecho, no recuperó la tranquilidad hasta que salieron a un ancho camino polvoriento, blanco de luna.

—¿Estamos más cerca?

—Sí, niño. Si le hubiera dicho “hombre”, quizá Felipe habría puesto ahora en duda el éxito de la empresa en que se habían embarcado: lo habría creído tonto, y habría perdido la fe en él: prefirió, esta vez, decirle “niño”.

—¿Cuándo vamos a llegar? —preguntó más tarde.

—Luego; ya verás —respondió Bernardo en un tono de certeza absoluta; pero preguntándose en qué forma saldrían adelante.

Cecilia lo miró con aprensión.

La luna, iluminando en silencio, como con sorna, los miraba anchamente desde el cielo.

Felipe, sobre sus hombros, con sus pequeñas manos prendidas a las suyas y sus piernas con olor a pasto y tierra en torno a sus mejillas —ya pues, hombre, lleguemos luego— le decía, ansioso e impaciente, sin revelar muestras de cansancio.

Cansancio. Eso fingió. Se dio a caminar haciendo eses, arrastrando los pies y levantando polvareda, bamboleando y tambaleándose, dando torpes tropezones y, de súbito —cuidando que el niño no se fuera a golpear— un poco avergonzado de sí mismo, se dejó caer al suelo.

—Flojo —dijo el niño, entonces—, eres un flojo.

Cuando Bernardo estuvo otra vez de pie, Felipe le endilgó un puñete al estómago que, confundiendo en una risueña contorsión, terminó en un abrazo.

Bernardo le acarició la cabeza, mientras Cecilia reía; reía, por fin, llena de alivio al ver reír al niño. Le tironeó el pelo y lo estrechó. En seguida, dándole puntazos con los dedos entre las costillas, lo alejó de sí.

—Oye —dijo el niño, muy parado, y mirando a la luna.

Se llevó un dedo a la nariz, miró a Bernardo, y lo detuvo. Luego, mirándolo todavía, se lo introdujo hasta el fondo. Retorció, hurgó, subió, bajó el dedo, finalmente sacándolo, contempló lleno de seria complacencia; y, mientras lo restregaba en sus pantalones verdes, su vista volvió a encontrar la de Bernardo; estalló en una carcajada y escapó, saltando, por el camino.

Bernardo y Cecilia lo siguieron. Abrazados. Ella iba tranquila ahora. El, sin embargo, no del todo.

La estación del pueblo se veía desierta. En tanto paseaban, se cruzaron con uno que otro "gorro colorado" indolente de tedio. Cecilia pidió a Bernardo que no olvidara llevar a Andrea la dirección del cuadro y le pidió, luego, que hiciera lo posible por regresar al campo el viernes en vez del sábado.

—Dos días es demasiado poco, mi amor.

Bernardo pareció ignorar lo primero y a lo segundo respondió con vaguedad que lo intentaría. Pero no pensaba, esta vez, en su trabajo. Pensaba en el cerdo. Ocurrió, entonces, algo inesperado.

Un individuo corto y pálido bajó de un vagón y, con ojos saltones, como de langosta, les envió una mirada invitadoramente agresiva, acercándose a ellos.

Tendió un brazo largo, como desenvolviéndolo dentro de un halo obscuro, y saludó a Bernardo. Exhibió, luego, una atrayente y turbadora cortesía, hizo una honda reverencia y, abriendo sus labios como si fuera extrañamente a silbar, pidió ser presentado a Cecilia.

Su llegada fue como la caída de una piedra en una poza de agua mansa y, mientras los círculos, cual despidiendo un olor oculto hasta entonces, crecían y crecían aumentando de número, Bernardo lo reconoció vagamente, sin reconocerlo del todo; no supo si se trataba de un ser exterior, o de una proyección de algo que odiosamente se desataba en sus adentros, y, como el traspie de un pianista en una pastoral, oyó la nota discordante que lo trajo al recuerdo de los vestigios olvidados de su adolescencia: plena de rincones prohibidos, de pasillos sombríos, de malolientes cuartos seductores.

El individuo tuvo un momento, entre las suyas la mano de Cecilia. El jefe de estación dio un pitazo. La muchacha se desprendió del individuo, como si no lo hubiese visto, y se cogió a Bernardo, besándolo con ternura. El tren dio una sacudida y comenzó lentamente a avanzar. Cecilia, entonces, besó por última vez a Bernardo y lo impulsó, imprudentemente, a subir.

II

Los primeros cinco días en la ciudad fueron de una lucha intensa. Bernardo empezó a flaquear en su trabajo, viendo que perdía sentido para él: dejó de ser, en propiedad, un constructor. Erraba por las calles, diciéndose, no obstante, que *tenía* que ganar. Se lo repetía con ahínco, mientras vagaba llevando la sensación de que perseguía algo, alguien conocido: la imagen del individuo de la estación, que parecía irlo invitando a dar cada nuevo paso, estarlo aguardando con su turbadora cortesía a la vuelta de cada esquina.

Habían viajado demasiado cerca, casi juntos, en el tren, y Bernardo, oscuramente hechizado, no cesó de contemplarlo. Pensaba, en tanto corría el tren paralelo al río, cruzándolo y volviéndolo a cruzar, en que antes de haber conocido a Cecilia sentía con frecuencia que se disgregaba, que las líneas del marco, de la ley puesta, se encrespaban, curvándose, y que saltaban, enloquecidas, en direcciones sin sentido. Quiso bajar en la próxima estación, y volver junto a Cecilia y confiárselo, cual para no pensarlo más; estuvo a punto de hacerlo en varias ocasiones pero ella había caminado por el andén apoyando su cabeza de color madera oscura en su hombro, reposando su larga mano blanca en su antebrazo, tranquila, sin haber visto como él lo vio el incidente del cerdo, olvi-

dada del incidente de Felipe, intocada por el individuo cual si éste no hubiese sido más que una aparición gaseosa; había caminado quieta y en paz, sólo un poco triste por la despedida. Habría sido cruel confiarle todo eso; habría sido contaminarla innecesariamente. Regresaba, al decidirlo, a su vagón. Ahí estaba el individuo. Lo miraba con fijeza, y Bernardo sentía que todo volvía a tornarse peligroso, que se diluían las formas, se licuaban los límites, caían las barreras en pedazos y el mundo se convertía en un infinito de cosas que giraban y giraban, chocando con violencia, llamando al viento, sedientas, torpemente, con estrépito, en medio de una vovinglería dolorosa, aullando, enloquecidas. Y su compañero parecía atraerlo a incorporarse en ese movimiento dislocado; a jugar, más bien, a ello, a ir hasta él, acoger su extraña invitación y medir fuerzas con él; a situarse en la cuerda floja y recorrerla de punta a punta sin caer; lo inducía a arriesgar en ese euquibrismo toda su existencia: su mujer, su trabajo y su ya confinado sentido de la armonía.

Pero no cedió a la tentación del juego. Durante los primeros días, incapaz de permanecer en su departamento luego del trabajo, vagaba por las calles, sintiéndose con cierto extraño gozo en el país de los hombres de dos caras: por momentos, su sentido de la armonía regresaba en pleno vigor; por momentos, se confinaba nuevamente a un reducto pálido, feble, y era sustituido por la percepción de la violencia azarosa de todo. Iba de uno a otro extremo, percibiendo por momentos que una densa trama se tejía entre ambos, enlazándolos en uno solo. Y que podía recorrer sin gran esfuerzo la cuerda floja, disfrutando de un conocimiento superior. Después, la seducción que tuvo en el tren se intensificó, haciéndole sentir que no hacía más que deslizarse en una media agua estéril, que debía ir más lejos, hasta el fin. Entonces se replegó sobre sí mismo y comenzó a defenderse con pasión. Fueron unos días en que trabajó enardecido.

Se encerraba por las noches en su dormitorio, fumando con angustia e incapaz de conciliar el sueño; temiendo, por otra parte, conciliarlo, debido a las acechanzas que podía contener.

Hasta que una noche, de algún modo indefinible pero con aguda certidumbre, se supo en medio de una grieta que se abría con violencia. Cogió su moto y salió a la calle, a despejar en la velocidad y el viento su tensión interna.

Afuera, el tránsito corría por la avenida, impetuoso. Sintió que los autos, los camiones y los buses, revueltos, pasándose y sobrepasándose, iban como empujados por un ansia sorda, como cargados por un peso horrible, como lanzados a un extraño fin, como cayendo, quizá adonde.

Bernardo, en su motocicleta, se movía en la madeja, no sabía si lenta o velozmente, enmarañándose con un desasosiego turbio. Los plátanos orientales —a un lado de la avenida— y las parejas de carabineros y sirvientas, los escaños, los grupos de jóvenes con pantalones ajustados y melenas altaneras; la interminable sucesión de casas bajas —al otro— y de tiendas ordinarias y avisos de neón, de transeúntes, lustrabotas y suplementeros, fueron quedando atrás, semidifusos, atrás, cada vez más rápido. Y cada vez más rápido, se hacían y se deshacían las figuras de la luz de los faroles en el follaje de los árboles.

Bernardo reparó, entonces, en el gozo de ir acelerando en ese torbellino. Y recordó, de pronto, cual si viniese él de ahí, aquella estrecha casa penumbrosa de angostas ventanas con vitrales que no dejaban ver, aquella casa como cripta a cortos metros de la calle principal, del estrépito del mundo, donde un día estuvo y donde un hombre parecía morir en vida, encerrado.

Y su mente, luego, se llenó de las imágenes de una tarde en Viña del Mar, en que, subiendo por un cerro hasta la cumbre, se detuvo sobre un convento de mon-

jas: entre las palmeras pasaban de uno a otro patio, en filas, cantando una liturgia acompasada y calma en sus hábitos oscuros; el aire fresco, rumoroso, palpable, del atardecer lo envolvía, y más allá, cerro abajo, se veían las luces del plano: ese vasto campo de luces titilantes, esa vibración maravillosa que evocaba los rostros de las muchachas alegres y riendo, esos rostros jubilosos y seguros de sí de las muchachas que volvían de la playa, de jugar con las olas y correr entre la espuma agitada, de tenderse en la arena, lánguidas, holgazaneando, de jugar de nuevo entre las olas y la espuma. Sufrió una nostalgia, una melancolía insostenibles: todo ello, con ese ritmo de fluir sin trabas, se le escapaba, con ese ritmo del placer y la intensidad del instante mismo, del estar, del simplemente estar, respirando a bocanadas la delicia de vivir, de no pensar, de no venir del pasado, no proyectarse hacia el futuro, del estar simplemente ahí.

El silbido del tren en la estación cercana le llegó y penetró, cruzándolo de parte a parte. El pelo desordenado, la corbata flameando y la chaqueta golpeteándole la espalda por el viento, Bernardo disminuyó la velocidad, se aproximó a la solera, con una creciente sensación de plenitud, y se detuvo.

Vió la muchedumbre abigarrada moverse ondulante, como serpenteando por la acera. A ratos semejaba ser una línea o una serie de líneas que se abrieran y juntaran, tensas, inquietas, como encrespándose y de pronto estirándose o recogándose, para saltar, en cualquier sentido, desbordándolo todo.

Le pareció que se detenían y que era él quién en cualquier momento saltaría, en cualquier sentido. Le pareció que el tránsito se había estancado y sólo él, cayendo, con ímpetu, quizá dónde, corría desenfrenado, hacia abajo.

Pero entonces, todo comenzó a girar. Y un enorme círculo sonoro se desató en torno suyo: los transeúntes y los camiones y escaños y las luces y tiendas y los autos

y las casas giraban y giraban en un farrago embotador. Y sintió, de improviso que él salía disparado y giraba y giraba, brincando, cual sacudido por un viento rudo, entre el vórtice y el borde del círculo inmenso.

Pensó en Cecilia, pensó en Dios, pero atravesando sus voces sin respuesta, imprevista, surgió la equívoca imagen no precisamente maternal de Andrea. Bailó un segundo ante los ojos de su mente y se rompió en mil pedacitos, emitiendo una carcajada que cayó sobre él, golpeándolo. Fue como si volara por el aire, como si apuntara los pies al cielo, como si cayera al barro negro de un corral de cerdos.

Hizo partir la motocicleta y escapó otra vez.

Corrió cuadras y más cuadras, escapando. Mas comprendió de súbito que, en vez de escapar, buscaba. Giraba y giraba por las calles adyacentes a un parque, como una polilla en torno a un cirio. No pensaba nada, y no quería pensar nada. Finalmente, se detuvo frente a la casa de Andrea. Y bajó para darle la dirección que ella pidiera a Cecilia.

—No creo —dijo Bernardo, relajada momentáneamente su tensión—, no creo que le parezca mal. No te preocupes.

Bajaban tomados del brazo, como dos buenos amigos, por la escalera alfombrada. Al fondo, un espejo empezó a reflejar la imagen de los pies de ambos: los zapatos de cuero café de Bernardo y la bastilla de sus pantalones azules, los empinados zapatos blancos de Andrea y sus tobillos angostos.

Ella se detuvo, entonces, y lo miró con cierto aire de escándalo fingido; con cierta sorna, además.

—Cecilia es mi amiga, y podría parecerle mal que yo salga contigo.

Bernardo bajó otro peldaño y volvió a detenerse. Miró al espejo, y bajó otro peldaño más.

—Por lo mismo que es tu amiga, no le va a parecer mal.

“Como sea —siguió— no tiene mayor importancia”.

Lo dijo, y sintió un acre sabor en la boca. Captando en sí una resistencia íntima, se preparó a bajar un nuevo peldaño y llegar al fin de la escalera. Permaneció inmóvil, sin embargo. Su pie, como animado por vida propia, comenzó a golpear el peldaño, siguiendo el compás de un piano que se oía desde más allá del espejo, cargado de un intenso y hondo ritmo: un piano que, a ratos, semejaba transformarse en dos pianos que jugaran, como queriendo atraparse, como queriendo arrebatarse una preciada melodía. Paraban, de pronto, las carreras presurosas de lo agudo a lo grave del teclado,

agolpándose las notas, como picoteándose. Y partían, luego, escapadas, saltando del apurado espasmo de un *boogie* a la cadencia en reposo de un *blue*, a la síncopa de una zamba, y, bruscamente, alterándose y confundiéndose uno con otra. Volvía, entonces, a destacar lo oscuro de las notas bajas de lo claro de las notas altas. Pero la línea melódica se veía interceptada, de inmediato casi, por alusiones a otros temas. Entraban estos en una frase inicial briosa y certera, más quedaban a la frase siguiente inconclusas, desintegrándose inocentemente de manera que desconcertaba. Pero el silencio no alcanzaba a durar un instante: ondulada, encrespándose, la línea se recomponía con un orden arbitrario, retorcida, cayendo a lo lejos, como el vacío.

Su pie subía y bajaba en el peldaño alfombrado, y tuvo la sensación de que la música, retumbando en la caja como socavón de la escalera, hacía palpar el piso y el techo y las paredes; los sacudía como si fueran cortinajes tocados por el viento de una ventana abierta; los remecía, levantándolos y haciéndolos caer, como su pie.

—No me lo vuelvas a decir —dijo, por último.

Cogió a Andrea de la mano y continuó bajando, ahora abrazado a ella. No le importó que pudiera verlo alguien conocido: no era más que una expresión de camaradería. Un mozo de gorra con visera y chaqueta lacre les hizo una venia y, mientras pasaron frente al espejo, Bernardo alcanzó a ver los ojos redondos y sombreados de Andrea; las patas de gallo empezando a hender la piel pálida y como cansada de sus sienes; sus hombros angulosos y estrechos y desnudos.

Tenía ese antebrazo junto a su costado y esa mano cuya forma y tamaño y color le eran ajenos prendida a su cintura. Cuando frenaba, el cuerpo de la mujer caía sobre su espalda, como aplastándose en ella; cuando aceleraba, se iba hacia atrás, como colgando de esa ignorada mano. Aceleró a fondo y se lanzó a correr entre los autos. Ella se cogió a él fuertemente y hundió la cabeza en su espalda. Revoloteaban los cabellos, derramándose en su nuca: eran gruesos, como ásperos, le pareció a Bernardo. En medio de los autos, sin mirarla, sin recordar siquiera el rostro ni el color del traje de Andrea, iba estremecido por el deseo de llegar de una vez a alguna parte.

Una luz roja lo detuvo. En los autos que quedaron junto a él creyó percibir el crujido de las medias femeninas al escurrirse en los asientos para quedar tocando a sus compañeros. Y creyó ver en cada cara el ardor de seguir y seguir hacia los parques, internarse por los caminos encubiertos y besarse allí, y abrazarse y enredarse en el auto espesándose poco a poco del perfume de las mujeres y de la excitación desesperada.

Se encendió la luz verde y siguió corriendo. En alguna de las ventanas de los altos edificios de la plaza vio la silueta de un hombre como aguardando el momento oportuno para lanzarse abajo. Y en todas las ventanas aparecieron siluetas. Volvió a detenerlo una luz.

La rodilla de la mujer topó su cadera y Bernardo la miró: blanca y dura, asomaba por la falda medio abierta.

—No te sientes de lado —dijo—, lo han prohibido.

—Si sé —dijo ella— ¿te importaría mucho que nos pasaran un parte?

—De manera que te llamas Andrea.

—¿Te parece un nombre absurdo?

—No —respondió Bernardo—, siempre me ha parecido un buen nombre para tí.

—No hagas frases.

—No es una frase.

—Y tú te llamas Bernardo...

—Sí...

—Es un buen nombre para ti.

“Y tampoco hago frases”.

Bernardo se quitó el vestón y lo dejó en el respaldo de la silla. El viscoso aire, ácido de olor a tallarines, lo hacía traspasar. Miró las axilas de Andrea: el vestido estaba seco. Tuvo una confusa impresión de alivio y contrariedad. Se soltó el nudo de la corbata, el cuello, y se subió las mangas de la camisa.

—Tenemos nombres adecuados —dijo. Y pensó: “Siempre jugando, el amor siempre tiene que hacerse jugando, el amor que sea”. Sólo que a veces el juego surgía espontáneamente de un mundo ya logrado, y a veces se provocaba para lograr un mundo que no tenía más finalidad que ser logrado, para ser, después, dejado. O, quizá, tuviese otra, más peligrosa, que aún no le era posible concretar.

Una mujer amplia de imprecisa edad les puso al frente dos humeantes platos de lasañas, y se alejó entre las mesillas apretadas. Bernardo hizo a un lado el suyo.

—Que se enfríe un poco —dijo. Escanció vino en las copas y, apoyando los codos en la mesa, se inclinó hacia adelante.

Andrea tenía un detalle en la nariz que lo turbaba: algo torcido. La ventanilla, el tabique, una extraña y pequeña hendidura en las aletas, ¿qué? Algo chueco. Pensó en el cerdo. Habría querido preguntarle exactamente qué. Lo seducía la idea de esa ínfima vejación.

Pisa, Murano, Il Vesubio, Firenze, rezaban unos cartelones a todo color pegados en los muros.

Guardó silencio un momento, y preguntó:

—¿Qué tienes en la nariz?

Andrea enarcó las cejas e hizo un gesto con la mano. Unas pulseras de oro entrechocaron en su muñeca.

—Nada —dijo, de mala gana.

El, obstinado, repitió sonriendo la estúpida pregunta. Quería jugar, ahora con el propósito marginal de verla, ya no con el que lo trajera a ese sitio con ella —¿y cuál fue ese propósito? No, no fue el que creía, no pudo ser ese, no podía ni quería traicionar a Cecilia: fue otro, fue meramente el de jugar, el de ver qué pasaba: todo no era más que una órbita cerrada, un gratuito juego con fin en sí.

Y repitió de nuevo la pregunta, agujoneado por el afán de mantener tal convicción.

—¿Qué tienes en la nariz?

—Nada —volvió ella a responder, ahora con indiferencia y encogiéndose de hombros.

—¿Y eso... eso raro?

—¿Por qué me lo preguntas? Andrea habló en tono reposado, sereno; en tono que, peligrosamente, parecía querer descubrir y poner sobre el tapete sus motivos.

No lo convenció esta vez su reciente idea. No se trataba sólo de un juego gratuito. Sus motivos eran demasiado confusos y esta vez fue Bernardo quién se encogió de hombros. Sin decir palabra.

—Por si quieres saber —dijo Andrea, entonces— fue mi marido.

Lo sobresaltó la calma con que la mujer se expresaba.

—Me causa pena —siguió ella— acordarme; pero nunca fue otra cosa que una bestia conmigo.

“Supongo que algo te habrá contado Cecilia...”

Bernardo asintió: Cecilia en alguna ocasión le habló de todo eso. Ella y Andrea se conocieron tiempo atrás en un lugar de veraneo; fueron —pese a la diferencia de edades— brevemente amigas, y de tarde en tarde solían verse. Pero nunca le habló en detalle. El recelaba de Andrea, sin saber por qué, y no tenía interés en ella; mucho menos le había interesado el marido, un abogado más o menos mujeriego con arreos de arqueólogo.

—Raúl nunca hizo otra cosa que desenterrar piedras inútiles, dárselas de intelectual, y matar mis ilusiones —continuó Andrea. Si es que alguna vez tuve ilusiones...

“¿Te molesta que me desahogue?” En sus ojos sombreados y redondos, clavados en los suyos, apareció un brillo entre hiriente y patético.

Bernardo se volvió a encoger de hombros, ruborizado, casi conmovido por la última frase, pero inexplicablemente molesto, y bajó la vista.

—Raúl no era de esos buenos, o de esos vivos, que fomentan las ilusiones de sus mujeres, yo no sé si porque intuyen que las necesitamos —sonaron sus pulseiras— o porque saben que les conviene.

Bernardo sintió los ojos de Andrea sobre sí. Los buscó. El brillo permanecía en ellos. Hiriente, ya no patético, no tuvo dudas. ¿Pensaba ella que él era un vivo y fomentaba las ilusiones de Cecilia? Se ruborizó de su primer rubor y, otra vez, bajó la vista, hundiéndola en su plato de lasañas, cubierto, como de pequeñas lombrices, por el queso rallado.

—¿Por qué crees tú que lo hacen, Bernardo?

—¿Porque les conviene, por supuesto! —exclamó él: estaba fuera de sí mismo y reía de sí mismo.

—¿Cómo eres tú con Cecilia? Ahora había malicia en sus ojos. Pero una malicia que tenía poco de humo-

rística, que tenía mucho de calculada, que traslucía una premeditación resuelta a no ceder.

—Le fomento todas las ilusiones que puedo —contestó Bernardo, sin vacilar.

—¿Por bueno... o por vivo? Al decirlo, Andrea se inclinó sobre la mesa, mirándolo inquisitivamente, como instándolo a elegir y definirse.

—¡Por bueno! —lanzó él.

Andrea se irguió desconcertada; esperaba, sin duda, que Bernardo, presionado, dijese lo contrario. Pero de inmediato irrumpió, sobreponiéndose, en un risoteo.

El creyó, entonces, ver claro en ella. Su premeditación quería llevarlo a deducir, tomando ese momento como base, la índole de su lazo con Cecilia. Quería, más aún, llevarlo a dudar de toda su pureza. Era atrayente verla en ese juego estéril. Era atrayente dejarse envolver por ella y envolverse a ella en ese juego estéril. Era más que atrayente, era seductor. Admitirlo le causó una suerte de mórbida felicidad. Pensó en el individuo de la estación. Sintióse liberado de sí mismo, pisoteando bellamente la ley puesta, irrumpiendo sobre la arena y, más adentro, ahogando los trabajados sembradíos, las labores del pasado proyectadas para el futuro, girando, sin bridas, en círculos sin centro, como un caballo rebelde.

Ocultó una sensación de triunfo.

—Déjame ver tus pulseras —dijo, airoso de no reconocerse.

Le tomó la mano y las examinó. Eran fuertes, maticas, y producían un sonido compacto al topar una con otra.

—¿Regalo de tu marido?

—¿Qué te importa?

—Eres esquiva —observó Bernardo riendo.

—¿Por qué? no veo qué mal hay en eso. Tú has sido esquivo tu vida entera; no veo de qué te quejas.

Bernardo continuó riendo, ahora para sí. “De manera que me has observado” —pensó— “de manera que me has solicitado y te he parecido esquivo”. No pensaba, sin embargo, en que ella lo hubiese hecho como cualquier mujer a cualquier hombre. No se trataba, simplemente, de una sollicitación sensual: había algo atrás ella. Algo equívoco.

—Bueno... —habló— qué importa cómo haya sido yo: hablamos de ti, de que tú eres esquivo... porque estabas en tu casa, sola, y ahora estás conmigo... Veo que has sufrido y eres, dentro de tí misma, una mujer sola; estás conmigo, creo, porque necesitabas de alguien y, bueno, hablamos, estamos aquí, yo te hago preguntas —claro, si quieres, por curiosidad, pero no sólo eso— que, si tú respondieras, permitirían una comunicación y, bueno, no respondes y te esquivas...

—Come —interrumpió Andrea, quitando la mano de Bernardo; que, mientras habló, tuvo la suya semicogida, y poniendo ante él el plato de lasañas.

—Parecen lombrices —dijo Bernardo— que salieran desde adentro mismo para írselo comiendo todo.

—¡Qué...! exclamó ella.

—El queso rallado —“o nosotros mismos”, y le produjo cierto éxtasis esto de compararse con una lombriz. Una monótona balada italiana fluía de un parlante en lo alto de un muro.

—Por Dios, que asco.

Bernardo quedó en silencio.

—Sí —admitió después— es un asco.

La voz melosa del tenor y el cálido tañido de las mandolinas se esparcía como respirando por el aire turbio. Las mesas, llenas de gente bulliciosa en mangas de camisa, echaba vaharadas de calor.

—No voy a poder comer.

—Come —instó él, ahora.

—Cochino.

—Come.

Andrea cogió el tenedor y empezó, lentamente, a obedecerle.

—Así es que te preocupa mi soledad —habló por último, luego de haberse apresurado para concluir sus lasañas.

“¿Te preocupa en serio? Cecilia, que es tan ingenua y tan pura, debe darte tiempo de sobra para que te ocupes de otras personas”.

Bernardo le miró los ojos: tenían una expresión enigmática. “De ironía”, se dijo. “De sorna”, en seguida. “De... qué sé yo de qué”. Y súbitamente, vislumbrando un indicio en esos ojos, se dijo que Andrea no lo deseaba sino como un medio —como el *único* medio para destruir a Cecilia.

Era una situación singular la suya. Pero lejos de rechazarla, la estaba asumiendo con exaltado delirio. Se sentía arrojado a una región donde carecía de propiedad de sí, mimetizado a esos holgazanes que, fluyendo como el tiempo y las cosas, se amontonaban en las veredas de los bares y los cafés del centro: a los que iban, lánguidos y untuosos como cáscaras de plátano, a merodear en el verano los corredores del Casino de Viña; a los que pululaban en los rotativos, a los que iban, noche a noche, a las *boites* y a las compañías de revistas cambiando día a día de mujeres. Se sintió honda y nebulosamente confundido al movimiento de la ciudad en la noche, a la semejanza de las calles y las caras, al interminable y penumbroso trasmundo colectivo. Se vio Rotario, se vio León, se vio llenando los caminos del país de monolitos, aplaudiendo en los banquetes, sobándose el estómago, calvo, traspirado, deleitándose con las mujeres desnudas de los calendarios, atorado de vino y de centollas con arvejas. Le habría gustado ver la cara del cantante italiano. Prorrumpió en una carcajada estruendosa.

Andrea lo miró con susto.

—¡Viejita! ¡viejita mía! —clamó Bernardo en medio de sus risas. ¡Te adoro! ¡vámonos de aquí!

Echó un billete a la mesa y, cogiendo su chaqueta al vuelo, arrastró a Andrea hacia afuera.

Tropezó, cayó y, riendo todavía, se irguió de junto a un hombre que se incorporaba pesadamente de su silla.

—Hombre, hombre, quieto, tranquilo —dijo Bernardo, palmoteándole la espalda, mientras lo miraba como a través de una nube. La vista se le aclaró y, bruscamente, al distinguir los rasgos de su rostro, quedó mudo: sus ojos eran saltones, como de langosta, y sus labios se abrían como prestos a silbar.

—Un halo obscuro te envuelve —dijo Bernardo, y se precipitó a la calle, seguido por Andrea.

—Yo te creía un gran perro lanudo —murmuró ella en su oído— por eso me gustaba tu nombre.

—Yo te creía una yegua —murmuró Bernardo, acariciando sus pulseras que sonaron en la densa oscuridad de la boîte— alzada; y eres llena de miedo y de melindres.

—No entiendo la última palabra.

Bernardo la besó en los labios. Se dejaron tocar, se abrieron sobre su boca y, abriéndose más, la oprimieron. El ceroso y perfumado contacto del rouge le hizo abrir los suyos. Buscó sus pechos. Ella le quitó la mano.

—Tú no entiendes nada —dijo Bernardo.

“He dado un salto en el vacío.

Yo vivo en el vacío.

El pastoso perfume del rouge se le había pegado en las narices. La besó de nuevo. Y buscó otra vez sus pechos. Andrea lo dejó. Parecían no ser para su mano.

—No —dijo ella.

Eran más pequeños. Fue de uno en otro, hasta quedar, por fin, detenido. Eran más pequeños, más blandos, como vaciados casi.

—¿Cuántos hijos has tenido?

—Ridículo.

—¿Por qué? —Bernardo rió. Su mano ya estaba habituada.

Entonces sintió que la de ella se prendía a su nuca. Que sus dedos arañaban entre el cuello de su camisa y el nacimiento de su cabello, intrusos, en una rápida pequeñez capaz de ir por todas partes. Desconocía esos dedos.

—Ven —dijo. Y, enlazado a ella, se deslizó por el duro banco de madera, tanteando a ciegas en las sillas y en la mesa y cuidando no volcar el jarro de vino —la pareja vecina, borrosa en la tiniebla, se apartó con un crujido disgustado de las tablas— Bernardo halló el hueco para pasar, y salió a la pista de baile con Andrea.

Escudriñando la oscuridad vio una larga y vaga mancha más oscura en toda la parte baja de los muros.

La orquesta tocaba una música monótona de otra época. Los violines, el acordeón y el bombo de la batería, un piano a ratos, parecían gimotear de tedio y de tristeza.

—El amor —dijo Bernardo, señalando los rincones.

Los brazos de Andrea envolvieron su cuello, entonces, tibiamente, y sus dedos se enredaron en su cabeza. Su boca se abrió sobre sus mejillas, su nariz, su mentón y sus párpados, sobre sus labios.

Bernardo sintió como si lo estuvieran cubriendo de hojas, como a la divinidad caótica de aquella mañana.

—Por mi soledad —dijo Andrea. Déjate atrapar —pidió después, en el tono de quien lo hace para no dar demasiado ostensiblemente la sensación de que ya ha obtenido.

El sonrió con cierta suficiente indolencia, que ella, por la penumbra de la sala, no pudo advertir. Haría que las cosas fueran más allá, hasta el final, pero, en cierto modo, desde una altura fría, persiguiendo el conocimiento de ese instante en que ya nada pudiera sostenerse en pie.

—Eres casi de mi misma estatura —exclamó, involuntariamente.

—Soy una jirafa.

Sus manos, girando en círculos, que se acompañaban, que se entrecruzaban, que crecían y disminuían, subiendo y bajando, acariciaban la espalda de Andrea. Buscó la cremallera del vestido. Subió y soltó el gancho.

—Nos van a ver —dijo ella.

—¿Quién?

Con las piernas ligadas, se movían lentamente por el piso que gemía. Confundidos, lentamente, se movían los demás bailarines. Una extraña ceremonia común parecía estar llevándose a cabo. Bernardo sintió que si los oficiantes se intercambiaban parejas, nada la modificaría. Lentamente seguirían bailando y acariciándose, dando vueltas en torno a sí mismos, oliendo el perfume del rouge y el ardiente y amargo aroma de la transpiración, soltando ganchos, oprimiéndose los muslos, y haciendo círculos en la pista de baile. Lo sintió, sin embargo, con respecto a los demás, no a él y Andrea. Ellos oficiaban, bajo esto, en una ceremonia de otro orden, con un contenido secreto y superior. Pensarlo le produjo un estremecimiento, y se apartó de Andrea.

—¿Qué pasa? —inquirió ella— por qué me sueltas?

—Nada —dijo Bernardo. Tuve un recuerdo.

Andrea le acarició el rostro.

—¿Habías venido aquí antes? ¿Te apena estar ahora conmigo?

“¿Pensabas en Cecilia?” inquirió después, y Bernardo sintió rígida sobre su rostro la palma de la mano que lo acariciaba.

¿Lo apenaba? Más bien le causaba extrañeza, como si Cecilia —y él en relación a ella— estuvieran lejos, muy lejos; como si pertenecieran a un mundo con distinta órbita, como si no hubiese intersección posible entre ambas. Una alta silueta surgió hacia ellos desde la oscuridad, pasó, y se disgregó. Bernardo la siguió con la mirada: esa silueta podía ser la suya, es decir, la del Bernardo de Cecilia, la de esa otra cara ajena y casi desconocida. ¿Lo apenaba estar con Andrea? Lo apenaba que ese Bernardo hubiera pasado junto a él sin reconocerlo, lo apenaba no haber llamado su atención ¿lo apenaba? ¿por qué? Eran demasiado distintos, estaban

demasiado lejos, quizá alguna vez estuvieron cerca, quizá alguna vez estuvieron, más que cerca, fundidos en un mismo ser. Ya no, y no importaba, no lo apenaba.

—No me apena —dijo, palpando con sus dedos la espalda desnuda de Andrea.

Ella pareció descansar, pareció perder su momentánea rigidez. Lo besó, y volvieron a bailar.

—No pienses —continuó Andrea, tibiamente, en su oreja.

—No pienses en nada. Siempre he querido estar así contigo, desde que te ví la primera vez, hace mucho tiempo, con Cecilia; siempre... ¿no lo sabías? Quizá por eso voy a veces a ver a Cecilia, quizá por eso fingí lo del cuadro ¿tú crees que me importa el cuadro? ¿tú crees que me importa *La Maternidad*?

Bernardo distanció ligeramente la cabeza para mirarla.

—No —dijo ella—, no me mires, no pienses, no me hables; sigue así, en silencio y enredó los dedos en los cabellos de Bernardo, manteniéndole el rostro junto al suyo.

Y continuó en voz muy baja.

—Cuando las mujeres casadas te ven —y te ven tantos— se acuestan en la noche con sus maridos pensando que lo hacen contigo; no debieras ser así, Bernardo.

El, sonrojándose, la quiso besar.

—No, no —imploró ella— sigue así, no pienses, no hagas nada, sigue así, bailando conmigo...

De pronto, como abrigando todavía dudas sobre la posición de Bernardo, propuso:

—¿Vamos a otra parte?

“¡Quiero bailar algo más agitado! —añadió, separándose— ¡Así!” —y volvió a juntarse a Bernardo, ondulando las caderas.

Sentía las sienes tirantes, los lacrimales ardientes, los párpados pesados; sentía el cuerpo ligero; tamborileaba en la mesa y la madera azul no le ofrecía resistencia, fundiéndose blandamente en la carne como plumosa de sus manos.

—Cuidado —advirtió Andrea, sonriendo. Lo vas a dar vuelta todo.

Bernardo asentó su mirada en los vasos y la botella de alcohol y los vio bailar, pequeños, estriados a guiños por la luz del proscenio.

—Me guiñan el o-jo, me guiñan el o-jo —canturreó, y golpeó con fuerza al compás de la orquesta. Los vasos y la botella saltaron, asustados, como emprendiendo la fuga. Andrea lo detuvo, sujetándole las manos.

—Estas borracho.

—¿Por qué me detienes? ¿te detienes tú, acaso? Te apagas, te adoro, relumbras, moribunda... Le besó un hombro, y llevó una mano hasta sus pechos.

—¡No! ¡no! —protestó ella, riendo y jugueteando con la nariz en su cara— aquí no.

—Aquí o donde sea —declamó él, con solemnidad. ¿Qué crees que harían ellos? —siguió, mirando a las otras mesas. Buenas gentes, sencillas y feas, en un grato momento de licencia. Fíjate tú, Andrea mía, mi Andrea...

—Yo no soy tuya.

Le oprimió una pierna bajo la mesa, flácida, adelgazada, sin darse el trabajo de ocultarlo.

—Andrea mía, digo, porque...

Sintió un seco escozor en el dorso de la mano, un

escozor quemante: ella lo rasguñaba; y hundió los dedos en la pierna con furia. Las uñas de Andrea clavaron más hondo pero, de pronto, aflojaron, y su mano, húmeda, recibió una muelle presión de caricias.

Ella murmuró algo cerca de sus labios, despidiendo un tibio vaho de licor.

Habría querido decirle que nada importaba, que el presente no tenía límites, que se bastaba a sí mismo; habría querido divagar sobre lo distante que le parecía el pasado, sobre el oscuro foso que lo alejaba hasta tornarlo invisible; divagar sobre lo indiferente que le era el futuro y lo imposible y fútil que le parecía la sola idea de su existencia; sobre la falta absoluta de proyección de los actos humanos, habría querido divagar, y su raíz en la nada, pero guardó silencio, en cambio, mientras las ideas se le confundían más y más, irritado como estaba, secándose la sangre con el pañuelo, por el rasguñón estúpido de Andrea.

—Idiota —dijo, y la golpeó en la mejilla.

Una mujer en la mesa que los enfrentaba dio un brinco, las miradas de todos los vecinos, en un espantado y suspenso silencio, convergieron hacia ellos y, abruptamente, se inició un borroso ruido de murmullos. Bernardo creyó haber advertido, incluso, una vacilación en los músicos de la orquesta. Pero ya estaban nuevamente, en su agitado ritmo.

Andrea se había replegado sobre sí y escondía el rostro entre las manos. Como una cola de caballo, le caía sobre la oreja parte del peinado.

—¿Por qué me pegaste? —preguntó, con los ojos brillando en una expresión hosca, mientras descubría el rostro y se componía el cabello.

—¿Por qué me arañaste? —Bernardo habló calladamente.

Reparó en que aún los observaban desde las mesas vecinas.

Se plantó de súbito junto a su silla y mirando retadoramente en torno a sí, decidió aclarar la situación.

—¡Aquí no ha pasado nada!

Alguien rio, un rubio de rasgos flojos y suaves, como de muñeco de porcelana.

Con ánimo de lanzárselo a la cara, cogió un vaso sin vaciar.

—¡No, no, por favor no sigas! —suplicó Andrea, tomándole el brazo. El licor cayó, bobamente, al suelo. Bernardo se desprendió con brusquedad de ella y cogió el otro vaso. Pero el rubio ya no estaba. Su vista se perdió, buscándolo, en el amplio local de la boite. Las paredes aparecían difusas, las pocas mesas con gente semejaban tener sólo cuerpos y ocultarle los rostros. La puerta batiente de la entrada se mecía con lentitud, en cambio, cual si despidiera leves efluvios del rubio. Y la música de la orquesta, con su bulla de tarros y trompetas desafinadas, de cascarría y de trópico, reía y reía.

Bernardo bebió, entonces, su vaso de un trago e hizo una seña de complicidad o hastío al cantante. Miró, otra vez, en torno a sí, orgulloso de su estatura y su determinación. Y, sentándose, dijo a Andrea:

—Sigamos viaje. Vamos a tu fiesta.

—¿Por qué me pegaste?

—¿Te importa mucho?

—Me dolió...

—¿Te importa...?

—Me dolió, Bernardo...

Se observaron.

La mirada de ella brillaba todavía, pero ya sin hosquedad. La sombra del rimmel destacaba el blanco de los ojos, un blanco mojado, radiante, y sus párpados, medio caídos de tensión, de ansiedad, de misterio, pestañearon un momento y se cerraron, bajo la indagadora mirada de Bernardo.

Mientras la motocicleta oscilaba suavemente al recibir el peso de Andrea, Bernardo, acelerando en banda, vio entrar, de regreso a la boite, al rubio acompañado de tres mocetones.

—Salimos a tiempo —dijo, y rió. Vamos a la fiesta donde ese Juan Carlos...

—Te presento a Juan Carlos —habló Andrea—, el dueño de casa.

Un hombre joven y muy delgado, bajo de estatura y con largas manos pálidas, de rostro casi gris y raramente envejecido, se dejó caer con cierta indolencia desde un piano de cola, sentado en cuya tapa, solo, había estado contemplando la sala semioscura y plena de lentos bailarines.

Saludó con una voz de timbre agudo y, conduciéndolos a una pequeña sala contigua, entre una proliferación de muebles atestados de figuras de porcelana y jarrros de cristal y objetos de ónix, con los muros cargados de cuadros religiosos, los detuvo junto a una mesa cubierta de vasos y botellas.

—He aquí el altar —dijo, y regresó, sin más, a sentarse a su piano de cola.

—¿Y éste es...? —inquirió Bernardo, mientras llenaba dos vasos.

—Tiene un criadero de canarios —explicó Andrea— y les silba en una grabadora y la instala entre las jaulas para que aprendan a cantar.

—¿Les silba...? —Bernardo contuvo una exclamación de asombro: pensó en el personaje del tren, que abría los labios como para silbar.

—Ven —dijo ella— sentémonos, antes de que lo hagan otros.

Lo cogió por la mano y lo llevó hasta un diván tapizado en terciopelo. Se acomodaron sobre éste, medio tendiéndose.

—Bernardo examinó su mano rasguñada.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—¿No querías venir...?

—Sí, si quería; pero habría preferido...

Andrea mantuvo un momento el borde del vaso entre sus labios y, al bajarlo, sonrió.

—Aquí se ve gente divertida; todo es divertido. Suspiró, tendiéndose más sobre el sofá. ¡He venido tanto! Hay una especie de tradición de absurdos en esta casa. Apoyó una mano en la pierna de Bernardo y espetó, riendo: —No te inquietes por no estar en una parte más...— dejó ahí la frase, no obstante, como arrepentida de haberla comenzado.

Bernardo la besó. Dió una rápida mirada en torno: una pareja bailaba embelesada cerca de la puerta, dos jóvenes se hallaban cerca del altar.

—... le grité, claro que asustado —decía uno—, pero además con intención: tú sabes que a estos tipos una palabrota los hace entrar en confianza.

—Y el tipo... ¿qué hizo? —el que preguntó se balanceaba, con los ojos medio cerrados, y abría los brazos en círculos vacilantes.

Andrea aproximó su cuerpo al de Bernardo.

—Siempre es así —murmuró en sus labios— ¿... quieres mucho a tu mujer?

—No me hables de ella —replicó Bernardo con firmeza. Fue, sin embargo, una firmeza fingida: ya no le importaba gran cosa. Su increíble cabriola había puesto al mundo patas para arriba y había alterado, de súbito y para siempre, todas las relaciones concretas que antes, escasamente una semana antes, creyera eternas.

Pero ya había pensado y sentido lo mismo varias veces durante la noche. Había intentado reflexionar sobre ello, pero no había hilado más que larvas de reflexiones. Una suerte de sopor le impedía abrirse camino hasta algún punto fijo y desde allí determinar algo. Simplemente iba cayendo, y daba lo mismo dónde. *Tenía que ganar*. Ya no le importaba. Era consciente de su caída,

secretamente, e irse viendo, ir viendo desdoblado sus dos caras, le causaba un vago placer. Volvió a sentir que los lacrimales le ardían y besó a Andrea, acariciándole la espalda.

Una luz se encendió de golpe en el techo y Juan Carlos, frágil y pequeño, con la mano aún en el interruptor, las cejas arqueadas y los ojos como hundiendo-se dentro de las órbitas, en una sonrisa de convulso y enigmático significado, alzó un dedo y meneó la mano en dirección a ellos. Luego apagó y se fue.

—¡Criador de canarios!

Pero Andrea, inesperadamente abrazada a alguien cuyo rostro no logró distinguir, no advirtió sus palabras.

“Putá... —se dijo, sin celos, sin rencor, envidiándole su condición de tal. Eso era estar en el ritmo de las cosas; en el ritmo caprichoso que un día enviaba a un cerdo contra el amo de un orden familiar y despojaba a un niño de sus potrillos enajenando a su yegua; que otro día enfriaba a los amantes y hacía toda una burla del amor humano; que otro día bajaba de un vagón de tren a un individuo repugnante que lo contagiaba, lanzándolo a destruirse y desbordar los marcos y límites y líneas... grotescas convenciones. Putá, como una planta, como una piedra, se hallaba en el centro de las cosas. “Diviértete”, pensó, “me tienes, te tengo, somos iguales, somos uno, diviértete”.

Se levantó y apresuró el paso, alcanzando el centro de la sala. Dejó a los bailarines atrás, descendió un peldaño, y se internó por el estrecho corredor que continuaba. Arrimada a un umbroso vargueño, había una pareja aplastada contra el muro. Un espeso perfume de colonia se desprendía de ella, y Bernardo imaginó el susurro de las manos, velado bajo la estridencia del desgarrador y demoroso corc de trompetas que llegaba desde la sala.

—¡Pongan una cueca! —se alzó una voz lejana, y se ahogó en otra que le respondía.

—¡Déjate de estupideces!

Más allá, el corredor terminaba en un recodo. Por una puerta entreabierta se introducía la luz del jardín, fosforeciendo en un par de largos objetos metálicos, como lanzas o candelabros de bronce. Una sombra se movía difusamente sobre lo que semejaba ser un sofá. Bernardo dio un paso adelante, tropezó, y en medio del ruido apagado de algo cayendo a la alfombra, oyó el ladrido en falsete de un perro.

La luz se encendió de golpe, también aquí, y una pareja se apartó apresurada del sofá. El joven, vestido de gris, agachó la mirada, y su compañera, acomodándose el traje, quiso acallar al perro, un extravagante *caniche* que, dentellando airado, no paraba de ladrar.

En un segundo, Bernardo vio a Juan Carlos apagar la luz y, un momento después, lo tuvo junto a él, cogido a su cintura.

—Salgamos al jardín— dijo, ven, por aquí— y lo llevó por la puerta entreabierta hacia afuera.

Bernardo sentía como si tuviera una cucaracha pegada al cuerpo, y se deshizo con disgusto del abrazo.

Juan Carlos, agitando sus largas manos pálidas, continuó:

—Es bueno inspeccionar la casa de vez en cuando, y saber lo que ocurre. No te importe que te vean; te conozco y conozco de nombre a tu mujer, somos discretos... mira ¿qué le ocurrió a Andrea? ¿te reemplazó?

Bernardo lo miró de alto a bajo, y quiso aplastarlo de una palmada.

La lámpara de la terraza iluminaba unos esmirriados arbolillos sin hojas. (Bernardo pensó en el manzano sacudido por el cerdo).

—Florecen en otoño —explicó Juan Carlos—, al revés de los cristianos.

Más allá, un juego recóndito de sombras de distinta densidad se perdía en la tiniebla. Como cavernas, los pasajes de gravilla horadaban el bulto de los árboles vo-

luminosos que latían, como animales acechantes, contraídos por el frío de la noche. Y desde el suelo, un ignominioso vaho de gemidos anunciaba la presencia de los insectos.

—¿Ahí tienes a tus canarios? —preguntó Bernardo, en tono de patente ironía.

—No, no —respondió el otro, sin inmutarse. No me dejarían dormir... y no los dejaría dormir yo a ellos. Somos demasiado sensibles.

—Me imagino...

—¿Quiéres conocer el jardín...? Ven, seguramente lo vamos a encontrar lleno de parejas.

—No —replicó Bernardo. Dame un cigarrillo.

El diminuto dueño de casa se lo prendió y, mientras derramaba un incomprensible y dilatado monólogo acerca de su padre que no entendía los canarios, ni su vida, dieron la vuelta a la casa, pasaron entre los autos estacionados a la entrada del jardín, y retornaron a la sala.

Bernardo lo detuvo en la puerta.

—Soy poeta —dijo, volviendo al jardín tenebroso y haciéndose seguir por el dueño de casa— no como tú, que no puedes más que hacer cantar canarios.

—¡Salud! —exclamó Juan Carlos.

—¿Crees que todo tiene que ser una tensión hacia lo alto, una aspiración, un armar y levantar, un construir mis edificios?

—¡Salud, poeta! —exclamó Juan Carlos de nuevo, abrazándolo.

—¡Sal, cucaracha!

“Nada, nada —prosiguió, desprendiéndose— me voy, me dejo, me caigo, me entrego a la deliciosa correntada que lo va horadando todo. Imagínate, cucaracha, la contemplación de la caída, la fascinante caída, el despedazamiento. Tambalea y se quiebra aquello tan árdidamente levantado, mis edificios, todos los edificios; imagínate latir la tierra; imagínatela palpitar, zanjarse en

inmensas y hediondas grietas, barriendo con la costra, ridículamente alzada por los hombres... ¿lo ves?

Juan Carlos ya no estaba: se había escabullido.

Un barullo de proporciones animaba la sala cuando Bernardo entró. Los presentes, apoyándose unos en otros, se habían agrupado hacia los muros, o se habían sentado en el suelo, en los muebles y en el piano. Algo preparaban, más no se advertía aún qué. Reían y hablaban en voz alta.

Andrea se levantó de un sillón, dio un corto beso a un muchacho de ojos estirados, delgado, blanco, limpio, como jabonado hasta los huesos, y de grueso cabello negro engominado, que estaba con ella.

—Es Boris —dijo a Bernardo, mientras lo rodeaba con sus brazos— no te enojés, es inofensivo.

—¿También cría canarios?

—No, se las da de filósofo.

Boris se incorporó, con cierta pesadez y balanceo.

—Silencio, silencio —empezó a decir, girando por la sala, e intentando aplacar las voces.

—¡Sale para allá! —un mozo de largo pelo crespo y labios anchos, de ojos enrojecidos e hinchados, llegó hasta él dando saltitos, como un sapo, y lo apartó de un golpazo con el hombro. Enlazado a una ancha y abundante mujer de ciertos años, se puso a bailar.

Boris, el que se las daba de filósofo, caído en el suelo, quedó allí, voceando párrafos insólitos.

—Dénme trago.

—¿Y Renato? ¿Qué se hizo el número de Renato?

—¡Que baile Rena-to! ¡Que baile Rena-to!

—Silencio, silencio he dicho ¡la hija de Bernarda Alba ha muerto virgen!

Y Bernardo, arrastrado por el tumulto:

—¡Que se calle esa mierda!

—Cállate tú... pidió Andrea, sacudiéndose de risa.

—¡Felicidad! declamó la envejecida y abundante compañera del que saltaba como sapo, desprendiéndose

de él y abrazando, de un florero, una cala cuyo tallo le chorreaba baba en el regazo.

—¡Felicidad! colocada en imponente actitud de estatua, su voz áspera y varonil abría surcos desconcertados e hilarantes en el ruido general.

—¡Felicidad, he dicho! En su mirada húmeda y penetrante destelló una fijeza turbadora, que pareció causar un calofrío en su compañero. Este se arrodilló y abrió los brazos, despojándose de su chaqueta en un instante.

—¡Felicidad! ¡fugaz! ¡vienes y te vas! ¡felicidad! Quedó inmóvil, posando su mirada fija de rostro en rostro. Y fija en ella se quedó la mirada del arrodillado.

Se produjeron risas en la concurrencia; risitas indefensas, histéricas, suspensas. Se observaron todos entre ellos, como con temor. No fueron las palabras, sino el modo de mirar de la mujer, un modo enervante, angustiado, brotado de un insoportable apremio por vaciar su vacío sobre los demás. Bernardo sintió que el cerebro se le ofuscaba. Se apoyó en Andrea. Y advirtió que en ella, en su cuerpo de muslos y pechos flojos, enflaquecidos, en su espalda y en sus hombros y su cintura, había un ardor de llama que se extingue; un ardor que se tendía, como estirando brazos, hacia todas partes, buscando en qué quemar, urgido, opreso por su agonía. Y comprendió que eso estuvo desde el primer momento en la raíz de su búsqueda de ella.

—¡Te fuiste, felicidad! —aulló la mujer, y lanzó la cala, con su enojosa estela de baba, hacia un grupo cercano.

El arrodillado se alzó y, en medio de un alivio general, todos se pusieron a bailar: como fantoches, pensó Bernardo, como marionetas, monigotes, penetrados del ritmo y la bulla de maracas y bongós y coros cascados

de palabras sin sentido. El cuarto entero osciló, vibró, subió, bajó, se remeció, pateó y pateó.

Arrastró a Andrea hasta una puerta próxima, pero la encontraron con llave. Forcejearon la chapa, cargaron el cuerpo en la puerta. Pero no cedió, y desde adentro escucharon unos improperios. Bernardo le envió una patada y arrastrando todavía a Andrea, cruzaron entre los bailarines y alcanzaron el pasillo. Renato venía en dirección contraria a efectuar su baile.

—¡Sin camisa el jugador de tenis, sin zapatos, sin camisa!

--; Muestra tus músculos, Renato!

--; A ver si pinchas!

--; Buena, pinchaste, mierda!

Hallaron, por fin, una puerta abierta. Andrea le puso llave. Y Bernardo, arrastrándola, buscó a tientas y se dejó caer sobre una cama.

A su lado surgió un suspiro y algo se movió

—¡Qué diablos...! ¡enciende! ¡enciende! —exclamó Bernardo, y dio un salto.

--; Qué pasa?

--; Enciende, te digo!

La luz se desplegó enceguedora por el cuarto, rasguñando hasta los resquicios de los complicados muebles españoles, y Andrea lanzó un grito.

Boris, con los ojos largos como una raya de lápiz y la sombra de una barba naciente en la mandíbula, dormía moviendo los labios.

—¡... hasta en la sopa!

Bernardo lo remeció, lo zamarreó, y lo sacó de la cama. Frotándose los ojos, ajado el rostro en una expresión recelosa, el filósofo se paró, dudosamente, apoyando las caderas en el velador. Se vio, de inmediato, cogido

por el cuello del vestón y lanzado afuera del cuarto con violencia.

Nuevamente se diluyeron en la tiniebla los resquicios de los muebles, de golpe. Pero la luz pareció parpadear un segundo, antes de irse del todo, e inconscientemente, Bernardo buscó en las paredes el cuadro de *La Maternidad*.

En la casa todo parecía haberse silenciado. Un zumbido denso parecía propagarse por la madrugada y envolver el cuarto donde Bernardo y Andrea, en el lecho, no se miraban. Parecía envolverlo presionándolo, amenazando deformarlo, como gigantescos dedos moldeando arcilla, o reventarlo, como la profundidad del mar a un cuerpo ahogado.

De pronto, un ruido se escuchó pesadamente desde el pie de la puerta, como de algo cayendo.

Andrea tuvo un sobresalto.

—Es afuera —dijo Bernardo.

Andrea, sin embargo, se abrazó a él. Bernardo pensó que sería incapaz de reprimir la rigidez que le producía el contacto húmedo y opresivo de su cuerpo. Esas manos pequeñas prendidas a su espalda, esos muslos y esos pechos sueltos, adelgazados, que semejando animarse con vida propia, buscaban, buscaban, más que algo físico, una palabra, una frase, una promesa, acunándolo. Un aroma tibio, viscoso, imprecisable, flotaba en la pieza. Los labios de Andrea, sobre los suyos, se hallaban endurecidos, como sin sangre. Pensó, soportando el beso, en la ropa interior de la mujer, tirada en el suelo, distinta de la de Cecilia; o quizá igual, pero distinta.

—En un comienzo todo era decente en estas fiestas —se oyó la voz ebria de Boris, arrastrándose desde la puerta en una llorosa letanía— todo era decente, reposado, la tradición vivía... A uno, que piensa y medita por las bestias y su salvación, no lo echaban de las piezas, sí, lo dejaban, no lo echaban, tranquilo o, que durmiera.

¡Gente sin fe! ¡gente maldita! ¡disipada gente! ¡podrida gente!

—¡Cállate, estúpido! —gritó Andrea— ¡maricón! Bernardo se irguió y dejó la cama, lentamente agradecido, deseando que Boris hablara y hablara. La luz del alba, filtrándose por las cortinas, inundaba de un vago gris el cuarto.

—Me echan; de todas partes... la plaga de los sapos ha invadido esta tierra... —se alejó la voz, a punto de quebrarse en lágrimas.

—Bernardo, ven...

—Déjeme, voy a fumar.

Andrea encendió la luz. Bernardo se cubrió con una camisa. Los cigarrillos estaban en el velador y se vio obligado, sintiéndose ridículo, a regresar junto a la cama. A sentarse en ella. A tenderse, más tarde.

La luz se apagó y la mujer se le aproximó de nuevo. Pero esta vez, no pudiendo contenerse, Bernardo la rechazó.

Ella quedó, entonces, paralizada.

—Cuando vea a Cecilia —dijo luego, reponiéndose— cuando algún día la vuelva a ver, me acercaré y le daré un abrazo, tan tierno como pueda... Le hablaré, no le diré nada de esto, no te imagines, no me creas niña chica. Seré con ella muy afable, muy serena, muy segura e ingeniosa... Haré comentarios agudos y burlones sobre mucha gente, jugaré con las palabras, como tú lo has hecho hoy. Me mostraré ¿sabes? completamente dueña de la situación.

Hablaba queriendo hacerlo con calma, con prodigiosa calma; queriendo modular lenta y pausadamente las palabras, cincelarlas, luego de haberlas escogido con cuidado: le salían atropellándose, subiendo y cayendo, como estertores.

—Las muchachas siempre se sienten inferiores a las mujeres maduras, son propensas a deshacerse de admiración por ellas. La conquistaré de nuevo. Me admi-

rará rendida, más que nunca. Y yo me sentiré, entonces, realmente, por un instante al menos, con los pies en la tierra y con algo entre las manos. Como se siente, por supuesto, ella, sin darse más trabajo que despertar en las mañanas.

Bernardo comprendió por qué Cecilia sentía piedad hacia esa mujer. Levemente, fugazmente, la compartió. Pero ella añadía:

—Después, una sola frase, una frase, apenas, aludiendo a una infinidad de cosas, apuntando a algo muy indefinido, una frase que se me ocurrirá en el momento mismo, se la tiraré encima... y la haré temblar... y le desmoronaré todo... Aunque ya lo hemos hecho un poco ¿no creés?

Sus últimas palabras salieron como un gemido. Bernardo escuchaba con rara desazón. De pronto reparó en que esta se le transformaba en un dolor atroz en la cabeza, cual si hubiese alcanzado, por fin, el límite de su abyecto empeño y se hubiese estrellado con el límite de toda experiencia. Cogiéndosela entre ambas manos, la oprimió. Por un breve minuto el dolor cedió, aliviándolo, pero sintió algo peor: algo que pareció surgirle desde lo profundo de su vientre, salir afuera por la boca, e irle reduciendo el cuerpo entero a cenizas. Dejaron de percibir sus sentidos, su mente dejó de correr. Hasta el pesar del vacío absoluto cedió.

Como metiéndosele entre la camisa e inflándosela sobre la espalda, Bernardo sintió la extraña mezcla de temperaturas: el frío de la mañana y el calor del incendio. Haciendo callados comentarios, rotos, de pronto, por exclamaciones, los invitados, en el pasto de Juan Carlos, veían quemarse la casa vecina.

—¡Qué horror! —musitó Andrea en su oído. Pero Bernardo, sin hablar, sin forzarla, sin mirarla siquiera, caminó entre la gente. Ella intentó retenerlo. El continuó.

Ella, entonces, caminó tras él, hablándole en voz baja, en voz convulsa:

—La odio, la odio. La he odiado siempre. Con su carita de muñeca nació predestinada a la inocencia. La odio porque es feliz y yo no puedo serlo ¡por eso quería tenerte! ¡para eso, para...!

Bernardo se volvió, bruscamente, y la miró a los ojos.

Ella respondió con una muda expresión de ironía. El se acercó un paso, mirándola a los ojos. Ella retrocedió. Su rostro, ahora lívido, estaba inmóvil. De improviso, lo bajó, y, dando media vuelta, se perdió entre la gente.

Bernardo reanudó su camino. Las mujeres, pálidas, sin rouge, sin rimmel, sin polvos, despeinadas, con las ojeras resbalando por las caras, se abrazaban a los hombres con las barbas del grisáceo nuevo día sombreando, los cuellos y los puños sucios, el cabello en la frente, el olor de licor.

Era una vieja y enorme casa que rumoreaba como oleaje de mar bajo las llamas. Las vigas del techo se desprendían gimiendo y desaparecía un manto de tejas. Por la mancha de vacío se alzaba otra vez el fuego. Una llovizna de hollín dispersa por el aire ennegrecía poco a poco el pasto, las flores, la ropa, el rostro de los espectadores.

Juan Carlos, abrazado al filósofo, se había ido del humo que, en ácidas nubes espesas, bajaba revoloteando con pesadez y subía, despertando gritos y risas entre la gente.

—¡Están veraneando!

—¡Los bomberos, que lleguen!

—¡Duermen!

—¡Cómo hacen estas casas que se incendian!

En ese momento el fuego comenzó a pasar a la casa de la fiesta. No pensó en buscar un teléfono. Que lo hiciera otro. Que no lo hiciera nadie. Llegó hasta la moto. Pensó en Cecilia.

Y aceleró, aceleró, repitiéndose lo que le decían cuando niño: que un hombre no lloraba.

“Fue algo horrible, Bernardo; yo no sé, Bernardo, no sé por qué, mi amor; no sé por qué tuve ese sueño... Iba con un gusto extraño en la boca, en medio de un olor extraño, en una oscuridad extraña; iba caminando, pero sentía que no avanzaba, como si estuviera siempre en el mismo lugar en... en un cuarto inmundo. Lo sentía inmundo, aunque no veía nada, lo sentía sucio, inmundo.. Y cuando desperté sentí una luz helada, una luz terrible y yo estaba en un basural y tenía en brazos a un niño de barro; vivo, mi amor, estaba vivo, se movía, gemía, y tenía la cara borrada, sin facciones, empapada, como si le hubiese caído agua encima y se las hubiera deshecho, y estaba vestido con harapos y tenía las manos de paja y ese olor... ¡y era mi hijo y se llamaba Benjamín, mi amor, por qué, por qué tuve ese sueño! ¿Por qué, Bernardo? ¿Qué pasó? ¿Por qué lo tuve?”.

Se lo contó al llegar, al bajar él del tren, ahí, en la misma estación, en el lugar donde ese repugnante personaje se les acercara; con los ojos abiertos de pavor se lo contó.

Tendido en su lecho, recordándolo atormentado, Bernardo cruzó los brazos sobre el tórax, oprimiéndolo con fuerza, se llevó las manos al rostro oprimiéndolo con fuerza, recorrió con ellas sus costados, como si temiera

romperse, como si quisiera sujetarse, como si fuera a derrumbársele el organismo. El iba a ganar. Se dio vuelta en la cama. "Tú comprendes, Magdalena", seguía recordando, "que no es esa la manera de hacer las cosas; como le decía a Bernardo hace algunos días, hay que ceder para ganar; es la única manera", había dicho don Augusto, esa misma noche, a la hora de la comida. No, no era esa la manera. Cecilia y él *tenían* que ganar. ¿De qué habían hablado? "Así me parece a mí, pero, Augusto, cede tú..." La voz delgada, confiada, de la madre de Cecilia abría un secreto mundo de cosas familiares. Como la de su hija. No se parecían gran cosa, sin embargo. Más dulce, más tierna... Cecilia era Cecilia, su Cecilia. La voz de Andrea... Se estremeció. Había querido, mientras comía, concentrar el ánimo en el cuadro que colgaba de la pared del comedor. Era una indistinta y lóbrega escena de caza. Buscó los contornos de las figuras, sus volúmenes, su movimiento, queriendo suplir lo que no distinguía con los trozos de la imagen que conservaba en el recuerdo. ¿Soñaba la madre también, lo mismo que su hija, esos horribles sueños? Pero no pudo fijar engarce alguno. Lo que el cuadro confusamente ofrecía —entre sus tonos sombríos, bajo la claridad oblicua de la lámpara— no cobraba forma definida, no se completaba en forma de ninguna especie. No. Era imposible que soñara. Sería injusto que perdieran, demasiado injusto. Era imposible. Alguna relación, una evidente relación había entre el sueño de Cecilia —ese niño, ese niño monstruoso— y su caída. Sus imágenes mentales variaban, cambiaban, saltaban, como azotando su interior, haciendo brotar fango del fondo de su interior. Pero ¿qué relación?

Pancho había estado junto a él. La fuente con le-gumbres le había topado el brazo. "Señor". ¿Qué le pasa? Reparó en su rostro compungido, en su vista clavada en una realidad invisible, abriéndose entre los cu-

biertos y los platos y las flores, trás la mesa, más allá de la alfombra, bajo el piso, cruzando la tierra, quizá dónde.

Cecilia hacía experimentos cuando niña. "Era todo un secreto ;imagínese usted si nos pillaban! ;qué importaba que nos pillaran! Sacábamos talco del baño, y pasta de dientes, y agua de colonia; y pedíamos en la cocina polvos para hornear y colapez... pero eso era un asco, pero a la Angélica le daba lo mismo, pero yo casi me moría..."

Don Augusto hizo que Pancho matara a Francisco. "Yo no sé, mi amor, nunca se sabe. Estaba feliz, ¿se acuerda? Y un día amaneció compungido... es que no quería, le tenía miedo al cerdo, lo encontraba demasiado grande; primero me reí en su cara: estaba pálido, pero después me dí cuenta que le daba pena, más que miedo. Los hacía comer en la mano y todo eso".

Encender la luz sería echarlo todo a perder. Cecilia despertaría. ¿Cuánto tiempo dormirían juntos? ¿Cuánto vivirían? Lo miró con miedo cuando bajó del tren, con tristeza; con miedo, con temor; sin certidumbre, sin alegría. Con pavor. Eso había tenido él al enfrentarla esa tarde. ¿Cuánto tiempo dormirían juntos? ¿Qué nuevo cambio traería cada noche?

¿Por qué vivir era irse ensuciando...?

"Mi amor, no sé, mi amor..."

Iba a las piscinas las tardes de domingo cuando era niño. Poco antes del crepúsculo salía de los camarines, vestido, caminaba por los prados de hierba, ya sin gente a esa hora y, mirando el agua, cuyo lento oleaje parecía configurar trozos perdidos de las voces y los movimientos de los nadadores que ya no estaban, lo invadía la sensación de que algo había concluido. Caminaba, entonces, como en un vacío, sin saber dónde seguir: se quedaba, simplemente, por ahí, dando vueltas, a la espera de que se iniciara algo nuevo.

"Despierte, mi amor, tengo que decirle todo esto. No puede haber todo terminado". ¿Es que pensaba, aca-

so, decírselo? Como en un crucero, abriéndose a destinos misteriosos, pero desde ya distintos, sintió que por alguno, inevitablemente, se tendría que lanzar. Vagamente entrevió la imagen de Cecilia y él correteando en un baño empapado, en medio de las pozas y el vapor del agua.

“No sé por qué, mi amor; no sé por qué, ¡no sé por qué!” Lo había mirado con los ojos abiertos, muy abiertos, y el rostro tenso, sin intención alguna, sin la menor intención, de velar su miedo. Porque fue miedo lo que se reflejó en esos ojos hondos, abiertos, muy abiertos, de color madera oscura. Pensó en un abedul, en un ciprés, en un árbol fino y delgado, de tensa dignidad, de noble derecho, de quieto empuje de ascensión, quebrándose por el medio, doblándose como en un signo de interrogación ante una pregunta que, de habérsela hecho él mismo, en el más secreto y privado recinto, no habría sabido responder, habría temido responder.

Algo superior a sí mismo se hallaba implicado en el asunto entero; algo de lo cual quizá llegara a convertirse en juez, aunque tomándose —lo sabía— atribuciones que no le correspondían. Algo tan desprendido, tan aparte de su mundo con Cecilia...

“¿Por qué, mi amor, tuve ese sueño?”

—¿Por qué tuve ese sueño?

Bernardo, en el primer momento, creyó que la voz sonaba dentro de sí, pero pronto supo que Cecilia, en el lecho contiguo —ahora, ahí—, fue quien habló.

Sus pensamientos huyeron, como una turba de polvo disipada por el viento. Y quedó en su cabeza un blanco un vacío, palpitante, gigantesco, aguardando, rígido.

Pero nada ocurrió.

Pasó un tiempo. Largo. No era que *temiese* confesarlo todo a Cecilia. Es decir, lo temía; más no por él. ¿O temía por él, acaso? Pasó un tiempo arrastrado, hirviente. No pudo más, exhausto, y preguntó, por fin:

—¿Por qué lo tuvo?

—No sé, mi amor...

En cierto modo, el nuevo silencio se deslizó con rápida frescura. Pudo haber sido largo o corto. No se advirtió: la respuesta de Cecilia aligeraba su carga, diluía su rigidez. Pero un nuevo sentimiento surgió desde su interior, distinto, imprevisto. La respuesta de Cecilia, en su tono desamparado, en su singular tono perplejo, solitario, como clamoroso, implicaba una torturada percepción de lo oscuro ocurrido en alguna parte, de lo que se volcaba —que se había volcado— sobre ellos, ajando, trizando, rompiendo quizás, su mundo. Y esa percepción se perdía en una incógnita que la muchacha no podía despejar. Erraba, buscando desorientada. Erraba lejos. Demasiado lejos.

Jamás pensó que pudiera haber alguna relación entre el sueño y él.

Se veía, en consecuencia, a salvo: completamente a salvo. Y ella le despertó el nuevo sentimiento. Fue como si, en medio de la oscuridad de la noche, viera a Cecilia alejarse, extraviada, interrogando a cada sombra por el fantasma de su sueño. Y él, capaz de hacer el día con un solo par de palabras, permanecía inmóvil y en silencio, tranquilamente tendido, dejándola sola en la desesperación de su pregunta —y guardando aquello que, también a él, lo dejaba solo. Todo estaba roto. El tiempo vendría y pasaría lentamente, o aceleradamente, sobre ellos, limando los contornos de cada instante, limando el instante mismo, y, reduciéndolo a una imagen imprecisa, lo iría tirando atrás, inmerso en un infinito de imágenes similares, en una gran imagen vaga. No importaba, entonces, nada. Nada recordaría con el pasar del tiempo.

Pero sí; importaba: desde esa imagen eran, en ella se afirmaban para seguir viviendo. Y Cecilia siempre creería que la suya y la de Bernardo eran la misma. Viviría siempre en el engaño, que él debería soportar como una condena; que sería, acaso, incapaz de soportar pues cada día abriría más la grieta caída con esto entre ellos.

Y más separaría sus distintas sendas —distintas sin que nunca Cecilia llegara a saber que lo eran. Y la ignorancia inocente de Cecilia, su candor, su entrega, lo angustiaban. Sin embargo no habló. No dijo el par de palabras que haría el día —borrascoso, pero día, al fin y al cabo.

No dijo nada. Quedó, en cambio, en silencio.

De pronto, y al cabo de un rato, el silencio se inquietó, osciló y, pulsando, se transformó en el tic tac del reloj. Y luego en un roce, en un roce arrugado, como de papeles, que se derramó, abalanzándose en un mismo instante. Una mancha blanca se irguió en el lecho vecino.

—¿Está despierto, mi amor?

Mi amor, mi amor. ¿Por qué le decía “mi amor”?

—Sí... mi amor. Escuchó el sonido de su propio cuerpo moviéndose entre las sábanas. Quiso hacerlo sigiloso, imperceptible, mientras seguía incorporándose. No podía estar tendido para decir lo que iba a decir. ¿Qué iba a decir? La tiniebla del cuarto comenzó a palpar. Y con la vista penetrándola, clavada en la mancha blanca, habló por fin, con voz trémula:

—Cecilia... estuve con otra mujer.

La mancha quedó clavada en el lecho. La oscuridad palpitó con violencia y el tic tac del reloj creció, creció, creció, mientras lo bañaba un sudor frío. Por qué lo hizo, porqué lo dijo, por qué, por qué...

—Cecilia...

Nada.

La mancha continuó clavada, como si hubiera oído en exceso.

La luz, entonces, se encendió. Cecilia, sentada al borde de la cama, lo miraba: con sus ojos abiertos y una honda opacidad en ellos, con el labio inferior temblando. Lo miraba en su blanca camisa de dormir, como un niño perdido.

¿Por qué lo dijo? ¿por qué lo hizo? ¿qué fue lo que hizo? Estaba demasiado impresionada. Todo estaba ro-

to. Quiso acercarse a ella. Quiso arrodillarse ante ella, abrazarse a sus pies, suplicarle que lo perdonara, que olvidara. Implorarle que nunca lo volviera a mirar así, que nunca, como ahora, se dejara tocar por sus caídas, que jamás perdiera la inocencia. De hoy en adelante sería ella un pequeño monstruo, con los ojos siempre abiertos y las ilusiones perdidas, con la espontaneidad y la confianza perdidas, para siempre perdidas. No le había dado tiempo, él, que la amaba (¿la amaba, acaso?), pa- vivir su candor, para expresar su pureza.

Se levantó. Se acercó. Ella lo seguía con la mirada. No supo si se movía con rapidez o lentitud. Sólo supo, cuando estuvo junto a ella, que se había movido. Se sentó en el borde de la cama, con la vista gacha, con miedo de alzarla, con la sensación de una impotencia radical frente a lo que había desatado. Alargó un brazo y apoyó la palma de la mano en el hombro de Cecilia. Sintió su cuerpo tenso, envarado, remoto, ajeno. Y de pronto, ese cuerpo alteró su inmovilidad. Lenta, pero corta y seca- mente, sin mirarlo, se desprendió del brazo que le ro- deaba la espalda. Y, calladamente, sollozó.

Bernardo permaneció inmóvil.

Pero luego de un momento fue incapaz de continuar así. Alargando el brazo, quiso acariciar el cabello de Ce- cilia. Pero esta vez el rechazo fue más inmediato. Cecilia, antes siquiera de sentirse tocada, se incorporó con brus- quedad. Sus ojos, brillantes y húmedos, pasaron breve- mente por los suyos. Sus pies se movieron, vacilantes, y caminó hasta la ventana de las buganvillas. Afuera can- taba un grillo. Y en la lejanía, las ranas. Y, plañidero, ladraba un perro. Permaneció largo rato con la frente apoyada en el marco y el cuerpo, levemente, estreme- ciéndose. Bernardo, con el corazón palpitándole desespere- radamente, como en el vacío, callaba. Que Cecilia y él iban en un tren vacío y frío, días y más días, en medio de la lluvia gris, en medio de una vasta y penumbrosa soledad; que caminaban cogidos de la mano por una pla-

ya oscura, en medio de sombríos roquedales, por una playa que se escurría bajo sus pisadas, arrastrada por la lluvia y desenvuelta por el mar; que...

—¿Por qué lo hizo? Cecilia preguntaba, con la frente apoyada en el marco.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó, mirándolo ahora, con los ojos empapados en lágrimas.

Bernardo bajó el rostro y miró la alfombra bajo sus pies. La alfombra pareció escurrirse.

—¿Por qué, Bernardo? Nos acabamos de casar... queremos tener un niño ¿por qué? ¿No me quiere...? ¿... no le basto? ¿No somos felices?

La muchacha alzó las manos y se cubrió los ojos, los hundió en ellas, ocultándolos.

La alfombra continuaba escurriéndose. De pronto se detuvo.

—¿Con... con quién lo hizo?

Bernardo sintió que se le hacía denso el aire en los pulmones, que no podía respirar; sintió el cuerpo leve, flojo, algodonoso.

—... Andrea.

Cecilia bajó las manos de la cara. Descubrió otra vez sus ojos; sus ojos, sus grandes ojos pardos —y en ellos se marcó una expresión de espanto, de terror animal. La barbilla se le sacudió como desencajada, la boca se le desfiguró en una mueca horrible, las mejillas le latieron, como queriendo partirse, y de su garganta surgió un gemido grotesco, un alarido casi.

Bernardo, con la vista nublada, la vio caer, como derramándose, al piso y quedar ahí, inmóvil, paralizada, con la camisa de dormir subida y las piernas desnudas, en una horrorosa posición doblada, revuelta, como de mendigo baldado.

Dio un salto y estuvo junto a ella: Alargó sus manos, pero no se atrevió a tocarla. Alargó sus manos de nuevo, pero la muchacha, como un animal poseído por el miedo, se replegó sobre sí misma. No supo qué hacer.

Buscó su mirada: una expresión boba en ellos, atontada, irracional, de ser que mira la nada, que no mira, que ya no puede mirar, convirtió su impotencia en una salmodia ridícula.

—Cecilia, Cecilia, mi amor, que le pasa, qué le pasa.

—Qué me pasa... qué me pasa... repitió ella en voz apenas audible, apenas articulada, apenas viva, apenas voz.

Bernardo sintió que las piernas le flaqueaban, que no lo sostenían, que el piso en su cadera estaba frío, que la cera de las tablas en su rostro tenía un olor frío. "Dios mío, Dios mío; ayúdame, Dios mío", pensó.

Se arrastró hasta Cecilia y alargó de nuevo sus manos, para cubrir su desnudez. Ella, adelantándose en un movimiento maquinal, se bajó la camisa. Y con ese movimiento pareció volver algo a la vida. Un sacudón como eléctrico la recorrió entera. Giró la cabeza y le clavó largo rato la mirada: una mirada oscura, inexpresiva, hueca todavía. Pero sus párpados bajaron y subieron; subieron más, como en un desesperado esfuerzo por ver mejor, y bajaron. Subieron y bajaron. Aletearon sus pestañas, un instante, y luego volvieron esos ojos pardos a quedar inmóviles y abiertos. Pero llenándose, ahora, de un brillo rencoroso, de una extraña fiereza. El rostro recobró su aspecto humano: un aspecto duro, teñido de violencia, ahora. El cuerpo recobró su aspecto humano: un aspecto tenso y crispado, ahora. Cecilia recobró una posición humana. Se irguió, mirándolo siempre, y de pronto estalló:

—Me dejó sola, Bernardo ¡váyase con esa... puta! ¡puta, puta, eso es! ¡una puta! ¿para qué se casó conmigo? ¡para engañarme, sí, hipócrita, cobarde! ¡para decirme cosas, para mentir, para jurarme que me quiere, que me adora, que...! Usted es un cobarde, eso es lo que es, un cobarde, una porquería, una basura... ¡vanidoso, egoísta!

Se había parado y estaba junto a la ventana, mirándolo. El también se había parado y, tembloroso, se dejó caer sobre una silla, hundiendo el rostro entre las manos.

—¡Dígame algo, contésteme siquiera!

Bernardo alzó el rostro y, nuevamente, tuvo una sensación de impotencia. Pero esta vez acompañada de una sensación de alivio, porque ella había salido de su trance. Y, al mismo tiempo, una sensación de placer por verse tratado en esa forma, descrito con crudeza, penetrado en toda su miseria; por verse castigado por ella. Y también, una sensación de asco de sí mismo. Bajó el rostro, adolorido.

—¡Míreme, por lo menos! ¡míreme, cobarde!

Bernardo la volvió a mirar.

—Hable ahora, hable ahora, explíqueme, dígame.

El hizo un gesto vago con las manos.

—¡Dígame, no sea cobarde!

—No sé, mi amor...

—¡No me diga "mi amor"! —gritó la muchacha con desesperación— ¡no sea hipócrita, no sea infeliz! ¡usted no me quiere! ¡no quiere a nadie! Si fuera capaz de enamorarse de esa... todavía, sería más decente; por lo menos sería más hombre. Pero no es capaz... ¡se quiere a sí mismo, está enamorado de sí mismo, eso es todo!

—No Cecilia, no es eso, mi... no, no, no es eso, eso no es, usted no me entiende, linda... quiso explicar, incorporándose.

—Claro, eso es, así, así, siga, Bernardo, siga; usted sabe hablar, sabe explicarlo todo; sabe siempre poner las cosas de su parte; dar vuelta las cosas para lo que le conviene, dejar siempre callada a la gente, taparlo todo de palabras.

—No, mi amor, no mi amor, no, le juro que no; no es eso; yo mismo no entiendo; yo quisiera explicarle, quisiera que usted me ayudara a entender; yo mismo no entiendo, mi amor —dijo, con un tono desgarrado en la voz, y acercándose a ella— yo mismo no entiendo; es-

toy partido en dos, estoy partido, Cecilia. Estaba junto a ella, a un metro de distancia, a cincuenta centímetros, a treinta; quedó con los brazos detenidos en medio de un gesto; cogió las manos de su mujer —no entiendo, usted no sabe, no fue eso todo, fue distinto, fue más, fue peor...

Pero sintió que sus manos habían quedado en el aire, que un ardor intenso le mordía de pronto la cara, en una mejilla, en la otra mejilla; que un zumbido quemante le incendiaba la cara, a un lado, al otro, en los dos; que las manos de Cecilia cruzaban ante sus ojos, azotándolo; sintió que su cabeza se iba adelante, volvía atrás, remecida, atrás, adelante, arrastrada, tironeada, adelante, atrás, con un terrible dolor en la raíz de los cabellos. Y escuchó sus pisadas bruscas y entrecortadas, golpearlo en el suelo en busca de apoyo. Y sin saber cómo, los brazos de Cecilia estuvieron entre sus manos, oprimidos con furia, debatiéndose inútilmente, oprimidos con violencia entre ellas. Y el cuerpo de Cecilia se vio alzado por ellas. Y la muchacha, gimiendo de dolor, se lanzaba al suelo, caía en el suelo, llorando desconsoladamente.

—¡Qué se ha creído! —exclamó Bernardo con voz sorda—. Usted no entiende, no entiende, no entenderá nunca nada, porque es ingenua, por su impavidez, ¡cree que con su buena fe y su simplicidad lo arregla todo! Como si las cosas fueran tan simples, como si todo se arreglara en un dos por tres, como si uno no llevara dentro de sí mismo más que orden y bondad... ¡Claro que de eso usted no sabe nada! ¡de eso usted...! No sabe, porque... ¡porque es una...!

De pronto la voz se le ahogó en la garganta. Ella creía, eso era todo; ella tenía fe, eso era todo. Y lloraba a sus pies. No comprendía porque creía, no comprendía porque tenía fe. No comprendía ni comprendería nunca, porque lo amaba demasiado.

Tuvo horror de sí mismo. No creía en Dios, no creía en el Demonio: no podía atribuir su transgresión a ningún agente externo, no podía expiarse de su culpa en un ser superior, no podía atribuir a nadie su ansia de expiación: estaba solo, entregado a sí, ensimismado, hundido en sí, responsable en sí... pero, ¿estaba, acaso, solo? No logró concebir la magnitud horrible de la idea de la soledad... de la absoluta soledad... ¿estaba solo? ¿estaba solo?

—Bernardo, mi amor, Bernardo, mi amor; por qué, me hizo todo esto. Yo lo quiero, yo lo adoro; usted es lo único que tengo... lo único; cuando se va no pienso más que en usted, no vivo, no soy —decía con voz entrecortada— no sirvo para nada, no hago nada... pienso y pienso... todo el día en usted, en lo que lo necesito, en que quiero que vuelva, que sea feliz conmigo, que seamos felices, siempre ¡que nunca...! pero no pudo continuar. Y su voz se perdió en una tormenta de sollozos.

Inmóvil, convulsionado, Bernardo, de pie, la contemplaba. Dio un paso hacia ella, pero volvió atrás.

—Usted... —empezó a decir— usted...

Pero de pronto supo que algo se abría paso con fuerza, con luminosa fuerza en su interior, y corrió la pequeña distancia que los separaba y la tomó en brazos y acariciándola como a un niño que se hubiera caído del caballo, la llevó hasta el lecho, la tendió y, cuidadosamente, lentamente, la cubrió con las frazadas. Secó sus lágrimas con un pañuelo, la peinó con los dedos, y se abrazó a ella, calmando, poco a poco, su llanto, ansiando, necesitando, con todo su ser, protegerla de la desesperación en que su propio acto la sumiera. Pero paulatinamente y sin comprenderlo del todo, fue sintiendo que los papeles se invertían, que, a pesar de sus lágrimas y de su dolor, era ella quién lo protegía a él, era ella, con su inocencia y su fe en que el amor humano moría sólo con la muerte misma, quien lo refugiaba a él.

Las manos de Cecilia le acariciaban el cuello, sus dulces ojos pardos lo miraban, húmedos.

Entonces la muchacha, cogiéndole el rostro suavemente entre las manos, lo miró a los ojos, como preguntándole en voz muy queda si todo eso volvería a pasar.

Bernardo calló.

Ella sonrió apenas, con tristeza.

El habría querido decir que no, que nunca más ocurriría. En el fondo de sí, no obstante, en el oscuro fondo de sí, algo lo hizo vacilar. Sabía que lucharía con todo su vigor. Pero más no sabía. Era como Jano con sus dos caras, la del que crea y la del que balbucea antes de crear, la del que trae el orden y la del que guarda el caos, las del que lleva la contradicción en sí. Y dejó la pregunta sin respuesta.

—Pero usted y yo —dijo ella, luego de un momento— ¿... vamos a estar siempre juntos? ¿con Benjamín?

Bernardo sonrió, también con tristeza. Y esta vez asintió, con toda la fuerza de que era capaz; por fin, con ambas caras.

AL OTRO LADO
DEL MAR

La fascinación de los primeros días tuvo algo lúgubre. En cierto modo, fue más que una fascinación; fue un encantamiento. Un encantamiento alucinado que, desde el instante mismo en que el avión bajara en el aeropuerto de Londres, cobró la realidad de una bella imagen dolorosamente hecha pedazos. Caminamos interminablemente, a todas horas, por las calles de la inmensa y húmeda ciudad; caminamos cogidos de la mano, llevando en el alma una alucinante sensación de espanto. Salimos de la ciudad, en los arqueados y humosos trenes, salimos en medio de paquetes y maletas, a otras ciudades donde caminamos cogidos de la mano con espanto, con la imagen hecha trizas rompiéndonos el corazón. Hemos sufrido en estos primeros días, que se han deslizado con una incesante rapidez y van ya sumando meses; hemos sufrido algo que el orden de las palabras se resiste a expresar; algo que se resiente cuando el orden de las palabras quiere atarlo; algo brutal, que exige un nuevo orden de palabras.

Recuerdo aquella noche en que, luego de días de habernos mirado con frialdad calculada para exasperarnos, luego de largos días en que no hicimos otra cosa que acecharnos, tú y yo, como si nos odiáramos, y dormirnos dándonos las espaldas en un silencio cuya crueldad nos

provocaba un placer equívoco, nos resolvimos por fin a entendernos. Conectamos la grabadora que nos prestara el médico y hablamos, buscando la claridad. ¿Recuerdas cómo cada pregunta y su respuesta nos adentraba más en un vaho sombrío en una oscuridad palpitante de sacrilegios, en una órbita sin principios ni fin donde las claras frases despertaban un violento eco de burlas? ¿Recuerdas...? De pronto nos miramos con lágrimas en los ojos. Las palabras cedieron a los gestos. Y una dulzura increíble nos devolvió todo lo que habíamos perdido.

Otra noche conversamos hasta muy tarde, fumando lentamente, y haciendo recuerdos. Nunca antes lo habíamos hecho, y comprendíamos el daño que nos causaba. Pero no pudimos evitarlo.

Dentro de ese cuarto de hotel y al murmullo de la estufa a gas que de cuando en cuando se apagaba obligándome a levantarme y alimentarla con otros seis peniques, revivimos el comienzo de nuestro amor, los jardines arbolados de nuestras familias, la presencia de nuestros hermanos pequeños, las playas blancas, las hermosas playas blancas solitarias donde trascurriera nuestra adolescencia. Había algo sin sentido en buscar de aquel modo nuestra identidad, pues todo ese dulce y quieto mundo que amparara nuestra infancia estaba destinado a una muerte sangrienta, y era culpable. Algo sin sentido en aquel cuarto cuadrado de hotel, uno de treinta donde quizá cuántos seres humanos sufrían, en su soledad; revelaciones que arrasaban con todos los basamentos de su ser, como si un aletazo de viento les cruzara el interior del cuerpo y se los dejara vacío.

Uno se golpea el pecho, y siente un sonido seco, como si estuviese golpeando una caja de madera. Siente, incluso, un eco, levemente como un crujido. Uno se golpea los músculos de los brazos y siente un dolor, un dolor intenso que electriza los dedos. Pero se pregunta con qué derecho, excepto con el de un hábito adquirido.

¡Cuántos hindúes, cuántos africanos no habría en los cuartos de ese hotel intentando conciliar el sueño,

aterrados por su impotencia en Inglaterra! Los imaginé tocándose, como yo lo hacía, para ver si encontraban algo. Palpándose el pecho, los brazos, las piernas, el vientre, oprimiéndose la cabeza, como una bola de fuego, entre las manos.

Sin embargo cuando para dormirnos fui a entreabrir la ventana, el dorso de las casas de ladrillo de enfrente, recortado contra un cielo gris al que los faroles en la bruma daban una suave calidad opalina, me pareció un escenario de teatro. Era imposible e irreal que estuviésemos en Londres. Estábamos, en verdad, en nuestra casa, sólo que con cierto incomprensible impedimento para llegar hasta las personas que amábamos. Nos dormimos con una serena alegría aquella noche. Y despertamos al día siguiente en el mismo ánimo. Recuerdo que mientras íbamos por Cromwell Road en el segundo piso de un bus, te pregunté si tendríamos siempre que dar con un engaño para dormirnos con alegría.

No supiste qué responder. En tu sola mirada comprendí, como tantas otras veces, que esa pregunta no tenía sentido para ti, pues había en ti una verdad demasiado grande.

Vinimos en busca de una imagen que nuestros sueños fueron creando a través de los años. Hallamos otra, duramente distinta. Y reflexionamos demasiado pronto en nosotros mismos. En la triste y enorme falsedad del mundo que nos hizo concebirla. Cortamos el camino del regreso, una vez que la hubimos comprendido. No tenemos adonde regresar, y ello hace que nuestra experiencia sea distinta a la de los demás viajeros.

Ese calor húmedo de los primeros días, ese calor abochornado y pegajoso del otoño bajo el que caminamos por las calles curvas con sus casas estucadas, de una fea pesantez; ese calor cansado sobre el que se cernía la niebla cruzada día y noche por el zumbido de los aviones, ese calor que a veces cortaba una racha de viento y nos hacía arrepentirnos de haber salido sin nuestros abrigos. ¿Re-

cuerdas cuando bajamos en el aeropuerto y un inglés delgadito nos interrogó antes de pasar a la aduana? Sentado en un taburete, nos recordó que no estábamos autorizados para instalar negocios ni participar en empresas comerciales, ya que teníamos pasaporte de estudiantes. Fue, quizá, el primer atisbo de que habríamos de soportar más tarde el hallazgo de muchas cosas nuevas. Sin comprender mucho lo que te decían, pues sabías menos el idioma que ahora, tú sonreíste diciéndome, "¡Estas cosas de ingleses!".

Te he oído ese mismo comentario a menudo. Sólo que después sin aquella sonrisa y con un tono desgarrado en la voz, cuando el venir de tan lejos, y el estar solos, nos ha puesto en situaciones en que no hemos logrado expresar lo que nos ocurre. Sabemos, y mucho, de qué se trata eso ¿verdad? Pero sabemos algo más doloroso; sabemos la extrema medida en que lo que nos ocurre carece de importancia. Quizá hallamos aprendido una lección de humildad. Estábamos contentos, antes de salir, con nuestra ambigua mezcla de soberbia y sencillez. Habíamos solucionado algo serio con aquella curiosa concepción de las cosas que constituían nuestro mundo. Vivíamos, y en la medida en que más informaciones, apariencias y fantasmas poseyéramos de acá, más ufanos nos sentíamos, mejor vivíamos. No había, es claro, posibilidad de hacer comparaciones, nos sabíamos inferiores. Pero eso no importaba. No era nuestra la culpa y nosotros, los europeos en América, éramos demasiado pocos como para cambiar las cosas. La culpa era de los otros, de los indios, de los rotos. En fin, qué hacerle. Mientras pudiéramos sentir la caricia de los fantasmas, la seducción de los espectros, todo iría bien. Vinimos a buscar esos fantasmas, a conocer esos espectros, y no los hemos encontrado.

"Descansa", me decías, "sal de tí mismo. No pienses".

Una tarde fuimos al Támesis. Lo vimos por primera vez desde el puente de Londres, ¿recuerdas?

Yo estaba en un buen momento, y mientras ascendíamos la escalera de piedra regada de orines, trataba de atenuar el desencanto de tus observaciones hablándote de historia.

Nos acodamos en el parapeto, y miramos. El agua espesa corría, meciendo una multitud de irisadas manchas de aceite, cáscaras de fruta, tarros de lata, restos de cajones, pajas y virutas de embaladuras destripadas, trozos de porquerías indescriptibles. El agua corría, oscura, pesada, verdinegra, bajo los arcos de piedra del puente, cuyo único interés, como lograste convencerme, parecía ser el de estarse cayendo y no resolverse del todo a concluir la operación.

Después fuimos al puente de la Torre. Esperamos con larga ingenuidad que abriera su vientre para dejar pasar los buques, pensando lo que habríamos disfrutado si hubiésemos visto ese espectáculo cuando éramos niños. Nuestro placer no fue mas allá, pues tampoco lo vimos ahora. Caminamos por la ribera sur, tras las bodegas que bordeaban el río, hasta la estación de Waterloo. Los obreros, con sus casacas de cuero negro, zumbaban en la puerta de los *pubs*, en grupos en la vereda, en la pisadera de los camiones. Creo que fue esa la primera ocasión de nuestra vida en que pasábamos entre obreros sin sentir vergüenza. Cuando bajamos al metropolitano para regresar a nuestro hotel, te hablé de aquella vez en Lota, cuando, luego de recorrer el pueblo con un amigo comunista, entramos a visitar el parque. Mientras íbamos por los prados de pasto suave con fuentes de baldosas y bajo la mansa sombra de los viejos árboles, de pronto dijo que si él fuese el dueño de ese parque no lo abriría a los obreros. Me sorprendió escucharlo, tanto como a ti cuando te relataba la experiencia. Nada me habría costado pensar que ese comunista era, como tantos otros, hipócrita. Sin embargo, ello habría sido simplificar en extremo. La imagen del pueblo minero, hundido en un aura de mugre gris, prendido con angustia en su monstruoso hacinamiento, en

su horrible fragor humano, a las colinas secas junto al mar, hacía un contraste excesivamente violento con el parque a cuyos pies las olas mismas parecían sonar de otra manera. Y por mucho que mi amigo hubiese ingresado al partido, su sangre venía más de ese parque que de ese pueblo. Algo importante de sí mismo podía expresarse solamente en el parque. Y expresarse atacándolo, odiándolo, proyectando su imaginación hacia un mundo más justo —pero teniendo siempre al parque allí. No era, al fin y al cabo, un obrero. Y en la misma forma en que no se hallaba a sus anchas en el mundo del presente, no se hallaría en el mundo del futuro.

A medida que te relataba, yo iba comprendiendo con creciente claridad la poca importancia que tenía el caso de mi amigo y de la gente como él. Una vida trágica, como tantas otras, y nada más. Las cosas ocurrirían de todos modos. Y pasarían implacablemente sobre él.

Me dijiste que una revolución traía demasiada crueldad y yo te respondí que en la paz podía haber una crueldad mucho mayor. Que se trataba en última instancia puramente del bando en que uno estuviera, pues había formas de vivir que, durante una revolución, no pasaban a ser otra cosa que formas de morir.

Se podía hallar la muerte miserablemente, sin saber cómo ni por qué, atrapado entre dos fuegos como un desesperado idiota que no entiende lo que ocurre. Se podía morir con heroísmo, luchando por lo que se creía verdadero. Y esa muerte engrandecía una vida, la hacía aún más viva de lo que fuera cuando la sangre corría por sus venas. Se podía morir como una liebre acosada —como un león incluso— defendiendo la propia madriguera y condenado, en consecuencia, para siempre, al desprecio de toda la historia futura. El problema estaba en la libertad de elegir. Era limitada. Se moría como se había vivido.

Me respondiste que eso era mirar la vida en la importancia que tenía para los demás, no para uno mismo.

Que, fuese lo que fuese, toda vida era bella, y noble, y debía ser respetada.

Te dije que mucho dependía la belleza de una vida de que se estuviese en el parque, o en el pueblo. La presencia del primero condenaba toda la belleza que pudiese darse en el segundo a un amargo aniquilamiento.

No tardamos mucho en comprender que tú y yo estábamos de acuerdo, pero hablábamos en planos diferentes. Y no *teníamos* derecho a olvidarlo.

Bajamos del tren para cambiar de línea en Charing Cross. Era la hora de salida del trabajo y la multitud peleaba por apresurarse dentro de los tubos enlozados. Nos sentimos perdidos ¿recuerdas?, entre esas vastas columnas de personas que, como latigazos, se nos enroscaban en el cuerpo. Buscamos los carteles, entre las cabezas, para saber adónde dirigirnos. Salimos a una plataforma, y luego a otra, donde la gente, al borde de los rieles vacíos tendidos entre un par de bocas negras, aguardaba.

Los trenes lacres aparecían bramando, precedidos de una lucecilla verde. Jadeaban mientras la estación se vaciaba en sus vagones, cerraban las puertas con un extraña silbido, y partían, tragados de nuevo por el túnel.

La plataforma, entretanto, se hinchaba otra vez de gente que venía de la calle. Alguien nos indicó que subiéramos dos pisos para llegar a nuestra línea. Lo hicimos, con esa rara y honda revelación de nuestra soledad a la que más tarde hemos logrado, sino habituarnos, por lo menos ser indiferentes.

Miles de seres humanos que nunca habíamos visto ni volveríamos a ver. Cadenas de rostros que nos circundaban en la tarde, en la mañana, en la noche, que se zambullían en los tubos del subterráneo, y disparados por la entraña oscura de la gran ciudad, replotaban en las estaciones de los barrios, desapareciendo en las calles silenciosas.

Todo lo que habíamos pensado y vivido, todo lo que

éramos, se deshacía. No podíamos encontrarnos, no sabíamos cómo ni teníamos dónde.

A menudo debimos inquirir en las estaciones la manera de llegar a un determinado sitio. Nos acercábamos a alguien, a quien por azar estuviese más cerca o nos pareciese, quizá por qué, más próximo a darnos lo que necesitábamos; poníamos una sonrisa y cortésmente hacíamos nuestra pregunta.

El interpelado detenía su marcha al notar nuestro acercamiento, ponía una sonrisa, y cortésmente nos respondía.

Un intercambio de gestos previos; luego de sonrisas; luego de cortesías. Y nada más. La escena se repetía a diario.

Ese modo sin aristas de relacionarse, esa apariencia de contacto, me hicieron desear que el hombre viviera de un modo más peligroso y auténtico. "Señor, dígame tal cosa". "No quiero porque usted tiene cara de imbécil". Y vamos al pugilato. "Mi amigo, algo en su mirada me atrae ¿quisiera usted decirme esto?" "¡Hombre, qué gusto! Mire, podríamos ir juntos allá; ¿me esperaría usted unos momentos?".

Eso de vernos tratados en la misma forma y tratando en la misma forma a todo aquel con quien lográbamos intercambiar palabras; eso de no poder ser para nadie una persona, nos llevó a poner en duda que lo fuésemos.

Cierta mañana me ocurrió algo que me dio confianza. Tú saliste a comprar unas sábanas que nos faltaban, y yo a buscar alojamiento.

Revisé las cuatro páginas de anuncios del diario de Kensington, tarjando todos los que no podíamos pagar, los que eran demasiado pequeños y, para no exponernos a malos entendidos, los que agregaban el eufemismo: "solamente europeos". Otros decían esto último de un modo más claro: "No se admite gente de color". Y otros, "no queremos gente de color; por favor no insista".

Para comprender lo que ciertas cosas implican, no basta ser bondadoso o inteligente (suponiendo que uno lo sea). Hay que vivirlas. Siempre se nos dice lo mismo; nuestros mayores con su experiencia. Pero no les queremos creer. Confiamos demasiado en nuestra imaginación. Y nos pronunciamos, desde allá lejos, sobre "los problemas de la cultura", diciendo unas cuantas tonterías desheñidas. Hablamos de lo que no hemos sufrido. Mejor haríamos si hablásemos de nosotros; si pensásemos desde nosotros, desde lo que somos.

Me sentí aquella vez muy cerca de los negros. Podría haber sido humillante. Pero fue otra de las tantas revelaciones que me trajeron a comprender lo que realmente significaba venir desde América del Sur. Y, sin embargo, seguí —y sigo— obligándome a mirarlos con naturalidad. Me consta que carece de sentido negarles virtudes. O afirmar los mismos prejuicios de siempre. Pero también me consta que sigo forzándome para aceptarlos. Quizá tanto como las universitarias inglesas, que se han dedicado al juego de hacer el amor con ellos.

Logré esa mañana entender que trás la cortesía se ocultaba más que una indiferencia, un rechazo y un desprecio. Era, por lo menos, algo.

Más tarde, extraviado en unas sórdidas callejas de ladrillo cerca de Olympia, me acerqué a una mujer que iba de compras. Caminaba con premura dentro de un abrigo pardo y raído. Un pañuelo rosa le cubría el cabello ralo y en sus ojos celestes nacía un raro tinte deslumbrado. Cuando me vio, llevó los brazos al vientre, cuál para protegerse, y escapó apresurando el paso.

Me cogió una risilla nerviosa, y la seguí para decirle algo, no sabía qué, probablemente para agradecerle que, al quitarme la cara, me hubiese dado una suerte de cara; probablemente para insultarla por ello.

Entró a un Woolworth, y la perdí de vista entre cientos de mujeres de cabello ralo y pañuelos rosas y

abrigos pardos raídos que hurgaban en los mesones cubiertos de alimentos en conserva, prendas de vestir, útiles de costura, artefactos eléctricos, servicios de loza, novelas policiales, baterías de cocina, colchones, comida para perros. La busqué a lo largo de los pasillos, entre el campanileo de las cajas, el crujido de las bolsas de papel y el rumoreo de la compraventa, adentrándome hacia el fondo de la tienda entre las mujeres inclinadas sobre los mesones.

El médico nos informaría después que en Londres hay un gran número de locos. Probablemente esa mujer era uno de ellos.

En nuestro viaje al norte conocimos un monasterio medieval. Recuerdo la noche en la hondonada metiéndose por los arbotantes de los muros derruidos, el esqueleto de piedra de la iglesia y el claustro viniéndose lenta y silenciosamente al suelo, la piedra desigualmente en pie, el mugido marino del viento en el bosque de los cerros, las nubes corriendo, por el cielo, el cuerno de la luna, blanco, débil, ridículo, entre las nubes más allá de la ojiva de una ventana, en la noche de colorido perla y negro.

Luego visitamos York. El muro romano, como una oruga amarilla, abraza a la ciudad señoreada por la catedral gótica. Las callejuelas se persiguen dislocadas hacia la inmensa torre de la catedral. Pensamos en Cuzco. La atmósfera religiosa y venerable, aislada del mundo, el aire misterioso de intemporalidad. Ciudades sagradas. Pero Cuzco es violento, sanguinario, duro. Y York es alegre, plácido, y suave.

Vagamos por unas librerías como cavernas, ajustadas en su asimetría, como capas, al cuerpo de los libreros. Entramos a la Casa del Tesoro, donde nos tendimos en el lecho de la Reina Alejandra. Tuvimos suerte ¿verdad? en que nadie nos sorprendiese. Recorrimos un pequeño y jorobado albergue de frailes del siglo XV, con sus te-

chos envidados de palos toscos como leños, un maderaje pardo, enredado a la cal blanca de los muros.

Vimos una abadía en ruinas, de la que llevamos, de recuerdo, un trozo de piedra. Pasamos toda una mañana en la sala subterránea del museo contiguo que, apilados, muestra trozos arrancados a la abadía. Sombria y solitaria, exhibía toda la imaginería medieval de caras y cabezas lascivas y burlescas. Unas lenguas afuera, unos ojos englobados, unos rictus enervados, de odio o de asco o de éxtasis. Y todo allí en el suelo, como conchas en una playa.

Había faisanes en el jardín del museo. Y una de las cuatro torres romanas lo dominaba.

Vimos la iglesia del faro que en la Edad Media señalaba el camino a los viajeros extraviados, la capilla descascarada, rugosa, desarticulada, con las piedras lamidas por la lluvia y los increíbles cajones de madera azul, como pesebreras, dentro de los que se instalaba el hombre medieval con su estufa, su comida, sus chiquillos y su perro, para oír la misa.

Y la catedral, cuando entramos, nos produjo una suerte de atontamiento y nos cortó el fluir de las impresiones. Sentíamos en la nave que nos íbamos hacia arriba, y dentro de la esbelta y rapidísima ascensión, la ascensión violenta, de las desnudas columnas como hilos, nos notamos cansados y vacíos.

Pasamos todo un día rondando en torno a ella. Un sol brillante y helado la recortaba contra el cielo con hiriente nitidez. Con su infinidad de gárgolas comidas por la lluvia descolgándose de los muros exteriores, nos causó el efecto de una lanza rasgando por debajo, furiosamente, un tablado de diablos que volaban por los aires. Nos alejamos al muro. Llovió. Vino la bruma. Y nuestra última visión de la catedral fue una torre oscura que, imponiéndose a la niebla, comunicaba su presencia a la noche entera, escindiéndola del tiempo y del espacio.



Al regreso a Londres, fuimos una oscura tarde de bruma azul a una feria de diversiones. Querías ver gente alegre.

Una caseta anunciaba por seis peniques al hombre con dos cabezas, a la única mujer del mundo con piernas de vaca, al monstruoso enano volador. Entramos. Todavía no logramos explicarnos la naturaleza de la ingenuidad que nos movió.

Había, de espaldas a un telón, unos grotescos muñecos de cera. Unos carteles, abajo rezaban: "El Hombre, etc. . . ."

Sentí que no te atreviste a mirarme.

Nada de lo que habíamos venido a buscar lograba materializarse como algo verdaderamente trascendente. Todo lo que desde las antípodas nos lo pareció se transformaba en espectros y fantasmas. Las catedrales estaban, en efecto, fuera de nuestro tiempo y nuestro espacio. Nos resultaban una distracción hermosa, en la que podíamos olvidar la culpa y el horror. Y en la que lográbamos, de hecho, olvidar. Pero ese olvido tardaba poco en ceder a la presión de los remordimientos. Las catedrales ya no eran más de piedra. Ya no servían para proporcionarnos un albergue duradero. La fascinación había sido momentánea. ¿Recuerdas cuando en nuestro cuarto de hotel lo descubrimos?

Continuábamos, no obstante, amándolas. Y ello hacía que nuestro desgarró no pudiera desaparecer. Que, en vez, se acrecentara, alcanzando una intensidad que nos quitaba el sueño. ¡Con cuánta frecuencia despertábamos de madrugada, como a una consigna, con la garganta ardiendo!

Permanecíamos en silencio, tú creyéndome dormido y yo creyéndote dormida, hasta que uno de los dos se levantaba a buscar agua. Sólo entonces nos enterábamos de nuestra mutua vigilia.

Nuestra impotencia nos revelaba toda su monstruosa dimensión en esas horas de lucha por volver al sueño,

y de espanto por haberlo perdido. ¿Por qué no podíamos recuperar nuestra engañosa infancia? ¿qué había hecho la vida con nosotros que tan brutalmente nos arrancaba de golpe los párpados? ¿qué juego del azar nos traía a esta angustiada conjunción de amor y odio a lo que veíamos y a lo que habíamos dejado de ver? ¿No estábamos, acaso, errados; no era acaso, todo igual que antes?

Una mañana te conté un sueño. Tú y yo recorriamos la región de Chester. Nunca vi Chester en el sueño, pero sabía que era la región de Chester y, más, que íbamos hacia Chester, buscándolo. Caminábamos por la ribera de un río maravilloso. Bajo y lento, se estiraba con pereza haciendo interminables arcos. Caminábamos por la arena de la orilla, entre las piedras pulidas y redondas, bordeadas de vegetación; de boldos, de quilas, de maquis, de litres, laureles, helechos... Ibamos cerca de Chester, en busca de Chester. Luego el sueño se alejó, y mientras lo evocaba, semidespierto, me arrepentí de algo imposible, de no habernos quedado para siempre a vivir en aquellas ciudades medievales del norte. Sentí que Londres nos era hosco y nos rechazaba, que nos había enseñado demasiadas cosas, que el norte nos era más amigo. Por último, ya despierto del todo, caí en la cuenta de que ese río era un río chileno. Era el Maipo y el Mapocho en El Arrayán y San Alfonso, arriba, en los cajones de la cordillera; era el Malleco, el Mininco, el Bío-Bío... era Chile, con toda su mentira amada.

Ese día no salimos del hotel, pese a que debíamos continuar nuestra búsqueda de alojamiento permanente, y en una especie de terrible pesadilla, pasamos las horas evocando nuestro apartado mundo.

Allá leíamos un libro y exclamábamos, "Oh, qué hermosura, se parece a mi propia historia; tomaré ideas".

Flotando, vivíamos tomando ideas que no eran nuestras, robándolas para cubrir nuestra humillante desnudez. La trágica miseria de esa actitud, destapada de golpe, nos mordía como una úlcera. Flotando, queríamos

cogerlo todo desde el aire; queríamos, torpemente, flotando en el vacío, crear cuerpos grávidos, orgánicos. Allá lo quieren todavía. Y se defienden para seguirlo queriendo. No somos colectividad, no somos grupo, no tenemos forma, estructura interior, cultura. No podemos "tomar ideas" en el buen sentido. No podemos hacer un esfuerzo creador para empujarlas un peldaño más arriba. No sabemos lo que es hacer un esfuerzo creador. Nunca hemos creado. "Tomamos ideas", y las hacemos rodar escala abajo.

Porque no son nuestra propia historia.

"Seamos europeos". Todo eso va a estallar. Quedémosnos, entonces, "en Europa". Para siempre. Y logremos definitivamente la categoría de almas en pena, de pajuelas, de pajas. Flotemos en este portentoso mundo, en estas ciudades pavorosas sin principio ni fin, que no se ocupan de rechazarnos porque no existimos. Flotemos solitarios, anónimos y desgarrados. Flotemos, golpeando aldabas que al toque de nuestra mano se deshacen y no suenan. Gritemos en medio de las avenidas, aullemos. No importa. Hay, para los que aúllan, casas adecuadas en gratas colinas con buen aire y muros firmes, con pastito verde. ¿Te parece mal? Entonces volvamos a la lejana tierra. Es mejor. No hemos perdido completamente la soberbia y estamos empezando a ganar el amor. Aportemos nuestra fuerza al sueño mesiánico de crear un nuevo mundo. Sembremos nuestra esterilidad en aquella tierra estéril. Hagámosla, bramando, dar su fruto; hay más calor en ella de lo que tú y yo hemos creído.

Ahora, para descansar, te hablaré sobre los ingleses. Y después te contaré un recuerdo de infancia. O, si prefieres, podemos jugar a los puntitos. Perdóname si por mi culpa has sufrido. No temas. Todo irá bien.

Por su eufemismo y su cortesía, los ingleses me producen desconfianza: nunca sé qué piensan. Inglaterra como masa, en cambio, como colectividad social, me produce una confianza ciega por su sensatez y sobriedad.

Nunca hará un disparate, y su existencia resulta una fuente de esperanza en la época angustiosa y caótica en que vivimos.

Los perros ingleses son una plaga. Los caballos ingleses trafican poco menos que por Bond Street. El té inglés se sirve con leche, y no con una torreja de limón, como yo creía antes de llegar.

Quisiera hablarte con mayores detalles sobre los ingleses. Pudiera parecer que extravió el relato, pero no lo creo así. Y para demostrártelo, repetiré unas frases de la primera página: "hemos sufrido algo que el orden de las palabras se resiste a expresar, que se resiente cuando el orden de las palabras quiere atarlo, que exige un nuevo orden de palabras".

Podría parecerte que soy un vivo y que no pretendo otra cosa que esconder mi incapacidad de engañarte con el truco habitual, engañándote con otro. Puede que sea verdad, pero con demostrarlo no ganaríamos nada. Se es capaz de aprender los trucos que se necesitan, y cuando se necesitan. El resto es retórica.

El inglés es un individuo habituado a pensar en esquemas. Siente, piensa y dice, lo que sirve para obtener algo. Lo que no sirve, lo descarta. No sólo de la palabra, sino también del pensamiento y del sentimiento. (Si observas bien, notarás que no estoy repitiendo lo que dije en el párrafo anterior. Hay un matiz. Si no lo adviertes al primer momento, no importa. Lo advertirás después. O quizá nunca. Y a lo mejor por culpa mía. En principio, nada te reprocho). El del inglés es un modo de ser dirigido a fines. Cuando da con un tipo de hombre más libre, más intenso, más complejo como ser humano, no logra entenderlo. Y no se lo propone.

El ser más complejo no implica, desde luego, que se sea más efectivo. Implica, al contrario, que se vive sin despojarse de lo que no opera dentro del esquema convencional de fines por lograr; es decir, que en función de dicho esquema se es menos efectivo. Implica vivir con

todo lo que sobra; vivir en un registro abierto al peligro, la extravagancia, la fantasía y la miseria. Esta sola frase haría preguntarse a un inglés si quien la escribe no es un loco. Pobres ingleses. Me he sentido loco en este país con una frecuencia excesiva. Tú también. Quizá más que yo. Esto de que a uno lo obliguen a sentirse loco, tal vez explique la abundante cantidad de locos que se produce acá. Según el médico la razón es otra. Es que viven demasiado solos. Según el mozo español que conocimos en Piccadilly, es que no toman vino.

Los ingleses resultan siendo un pueblo admirable por su efectividad. Sin duda, sólo sus hijos, los norteamericanos, lo son más. Tanto tiempo de vivir así ha llevado a los ingleses a olvidar que todo aquello desdeñado existe en otros lugares del mundo. Y cuando se les recuerda, lo ignoran. A pesar de ello, casi ahogada pero todavía viva, contienen una larva que suele dar sus pataditas, de todo lo humano que descartan. Y miran con cierta nostálgica melancolía hacia el sur. Pobres ingleses. Y, para colmo, viven al tres y al cuatro. Su culto al gentleman los obliga a aparentar. Creo que fueron los ingleses quienes inventaron las camisas con cuello separado.

Nos preguntábamos por qué el pragmatismo nació en este país. Quizá el frío, la niebla, la lluvia, la estrechez del territorio, el aislamiento, hicieron desde un comienzo que la vida fuera acá muy dura. Un español, un italiano, pueden, después de todo, holgazanear una existencia entera: el sol les basta para alimentarse. Sobrevivir bajo el sol no cuesta. Ser alegre cuesta menos. Bajo la lluvia, en cambio, y el frío y la niebla, es imposible si no se aplica todo el esfuerzo de que se es capaz precisamente a eso: a sobrevivir.

Me pediste riendo que dejara el recuerdo de infancia para otra ocasión, y que no jugásemos a los puntitos. Te habías soltado el cabello, y tenías una luz de alegría en la mirada. "Me has divertido con tu descripción de los ingleses", me dijiste, "¿qué diría un inglés si te oyera?"

¿llamemos al dueño del hotel y se la repites? ¿te lo imaginas fumando con furia por el hueco del diente que le falta? Se pasaría la mano por el pelo sobre las orejas —a pesar de lo vulgar que se ve, es un hombre pretencioso ¿te has fijado?—. Me gustaría saber qué hace, cómo ama a su mujer, en qué postura duerme, qué conversa con sus amigos, ¿ganará mucho dinero?”.

De tanto verlo, le habíamos llegado a cobrar cierto cariño. El barrio del hotel nos procuraba, incluso, la sensación de ser “nuestro barrio”. A menudo, cuando nos referíamos a la pieza que ocupáramos, nos sorprendíamos hablando de “la casa”.

Era una grata ilusión, que hacíamos extensiva a todo el vecindario.

La estación de nuestro barrio era Earl's Court, donde los negros merodeaban por los puestos de diarios y revistas, y siempre había un ciego tocando la trompeta.

A ciertas horas del día, el movimiento de personas era escaso. La gente aguardaba en las plataformas en una actitud suspensa, como de imagen cinematográfica estancada en el vacío y el silencio. Se escuchaba de pronto la música de la trompeta, y era como si la imagen se pusiera nuevamente en marcha.

El hombre de la trompeta vestía una falda escocesa, y unos surcos barrocos, como trincheras de la gran guerra, le ajaban el rostro. Una reciedumbre extraña emanaba de su aspecto y, curiosamente, una reciedumbre dulce. Pensaste que tocaba para quitar de aquella gente ese vacío y silencio; que sabía el efecto de su música y para producirlo tocaba. No para ganarse la vida.

Te respondí que lo hacía para ambas cosas. Te pareció imposible. Dijiste que nada podía hacerse para esas dos cosas. Tenías razón; en nuestro mundo nada podía hacerse para esas dos cosas. Había que tomar partido. Y, naturalmente, había que tomar el segundo. Había que ganarse la vida. Para ello se podía seguir varios caminos. El más usual era trabajar; aunque no siempre

resultaba el más conveniente. Todo dependía del grado en que el trabajo elegido se apartase o acercara al primer partido. Cuanto más cerca estuviese de sacar a los demás del silencio y el vacío, peor vida se ganaba. Cuanto más lejos, mejor.

Nadie tiene derecho a quejarse, puesto que gracias a los métodos científicos de la investigación moderna se cuenta con amplias informaciones al respecto. El asunto se reduce a un simple proveerse de los catálogos adecuados. Luego, a estudiarlos y analizarlos con calma (para facilitar la tarea, esto último puede hacerse entre un grupo de amigos; y, más aún, es perfectamente posible consultar un especialista). Por último, una vez que se han aclarado las dudas, se toma la resolución: usted puede ser banquero, senador, abogado de las mejores firmas comerciales, ingeniero constructor de puentes, o hacendado; y si lo prefiere, puede ser peón de campo, obrero del cobre, cesante, o pordiosero. En este último caso, podría tocar la trompeta. ¿Qué le parece, mi amigo?

Supiste comprender, aquella vez, que el dolor me hacía perder la calma de que tanto me preciara en el pasado. Es que llegan momentos en que no cabe otra cosa que perderla. En que uno se avergüenza de no haberla perdido antes.

¿Has entrado alguna vez a un hospital de suburbio...?

¿Has visto los harapos en que traen vendada la cabeza los heridos que no quisieron ser banqueros? ¿los harapos inmundos, manchados de sangre seca?

No quiero continuar. No es necesario. Todos los hemos visto. Hablemos de otra cosa. Podríamos hablar de la clínica Santa María. No, no me dejes.

¿Qué ocurría cuando vivíamos en Earl's Court? ¿qué ocurría? ¿lo recuerdas? Me siento cansado y quisiera dormir. O fingir que duermo. Hay circunstancias en que para continuar viviendo es necesario hacerlo. Pero ya no creo que lo hagamos más. Como si nos hubieran lan-

zado una tea ardiendo a las ropas, nos quema el remordimiento. El de haber engañado y de continuar engañando. De querer engañar para siempre, aplastando con una población de espectros y fantasmas.

La noche que llegamos a Manchester nos extraviábamos con nuestra maleta al hombro, yendo a dar, curiosamente, al barrio de los bancos en busca de un hotel.

Caminamos con el pescuezo torcido, mirando los inmensos y oscuros edificios silenciosos, esas moles del mundo comercial raramente atractivas por todo el poderío y el imperio firmemente empotrado en las calles —alzándose pesadamente y sin embargo airoso, dueño de la trama de occidente— que, en la penumbra de la noche, sugerían con violenta evidencia.

En lugar de las agujas de iglesia que viéramos en York, vimos un bosque de chimeneas de ladrillo negro. Y en una plaza importante, un edificio con pórtico y campanarios de catedral gótica, donde se cobraban los impuestos. Y en el trayecto a Liverpool, mesetas de carros de tren cargados de carbón; mesetas movibles conectando un millar de fábricas que abrían el monótono y deprimente enrejado de idénticas y sucias casas de ladrillo. Desde ciertas perspectivas, al mostrar la ventana del bus un ángulo determinado del paisaje se veía un puro trozo de campo. Recuperábamos por un momento la alegría ingenua que nos devolvía peligrosamente al falso mundo. En el próximo instante regresábamos: el horizonte se había vuelto a cubrir de fábricas y casas de ladrillo sucio.

Otro día fuimos, junto al río Mersey, hacia el mar: seis millas de muelle y casas de ladrillo. Volvimos por el interior de la ciudad. Cortando la colina tapada de casas de ladrillo y chimeneas vomitando hollín, se abría el surco del comercio barato de los barrios.

Luego entramos a una galería de arte. No recuerdo lo que exhibía. Quizás unos cuadros de Leonardo. O puede que hayan sido de Grünewald.

Cierto día, el médico nos acompañó a comer a un

restaurante chino. Estábamos empezando a comprender lo que había tras su sonrisa. Porque una sonrisa puede serlo todo. Cuando se entra por primera vez a una casa, se sonríe; cuando se paga un pasaje de bus, cuando se obtiene un préstamo, cuando se pisa un pie ajeno, cuando se pierde un juego de cartas, cuando se descubre una nueva trampa. La más mínima noción de cortesía exige un repertorio de sonrisas relativamente abundante. ¿No te parece que, al cabo, los ingleses no difieren tanto del resto de la humanidad?

Nosotros habíamos desarrollado una manera defensiva de sonrisa. Cuando nos tocaban una llaga, sonreíamos. Cuando se tocaba una de las infinitas llagas de que nosotros éramos culpables —cuando se hablaba, por ejemplo, de la pobreza—, sonreíamos. No era una sonrisa ofensiva. No era displicente. Era, al contrario, una sonrisa suave que nacía del deseo de ocultar nuestra displicencia y nuestra ofensividad. Defendiéndonos así, tan urbanamente, el tema se desviaba y se mantenía todo dentro de las formas del buen gusto. ¿Has pensado alguna vez lo cerca que está el buen gusto de la hipocresía?

Naturalmente que no faltaron los que se negaban a dejarse embriagar por las sonrisas. Respondíamos a ellos con el nombre de Dios. Y a veces, *en* el nombre de Dios. La fe, al fin de cuentas, es un don inefable y gratuito.

La sonrisa del médico era distinta. No la usaba para ganar ni para perder. Simplemente, sonreía. Con una gran ternura, porque amaba a sus semejantes.

Me hizo hablar aquella noche. Luego, sonriendo, dio su diagnóstico. Dijo que mis males habían comenzado bajo un nogal.

Regresamos cantando al hotel, y nos detuvimos frente a la pilastra de una casa numerada con grandes signos negros. ¿Recuerdas cómo nos llamaron esos signos la atención cuando llegamos a Londres?

Siempre advertíamos esos números negros. Ahora hemos dejado de verlos cuando vagamos por las calles húmedas.

Ejercen un raro hechizo esas calles que se curvan entre una infinidad de árboles oscuros y de monótonas construcciones estucadas, calladas, como vacías. Nos incitan a vagar sin rumbo fijo, anulando el interés por ir a los lugares célebres. En los primeros días, la ciudad parecía divertirse en confundirnos, escurriéndose de nosotros, ocultándose en el fondo de los parques y las casas de tres pisos, en la niebla y en la lluvia. La perseguíamos, dando a menudo con avenidas que nos parecían ser el centro mismo de ella, plenas de tiendas con vitrinas llamativas, restaurantes, cines y cafés. Veíamos a las personas paseando perros, a las mujeres de edad, apuradísimas, encasquetadas en sombreros como macetas; a las muchachas con pantalones ceñidos y ojos pintados como actrices; a los negros vestidos en ocasiones con sus atavíos africanos, a los hindúes de turbante acompañados por sus mujeres en largas túnicas brillosas; a los jóvenes barbudos en grupos que cubrían la vereda como un ala, y de vez en cuando, a los hombres de sombrero hongo, trajes de franela oscura y paraguas al brazo, tiesos y severos y con un curioso aire de sentirse fuera de lugar, y muy a gusto por ello.

A ratos sufríamos un absurdo desliz de la conciencia en aquellos días ¿recuerdas? En medio del torbellino nos sentíamos aún en Santiago y examinábamos el contorno con cómica naturalidad: el inglés de los transeúntes sonaba como español, los avisos de las tiendas nos parecían escritos en nuestra lengua, los buses de dos pisos se achataban, despintaban, disfrazándose de buses chilenos; y los árboles desaparecían. La gente se notaba, sin embargo, demasiado rubia. Nos lo explicábamos pensando que había llegado un barco de inmigrantes a Valparaíso y que los habían traído a todos juntos a la capital. La ilusión duraba un instante y se quebraba, como una copa.

Sonreíamos, bobamente, sorprendidos. Reparábamos en que un temor frío ocupaba el lugar de la sonrisa: la revelación de que éramos impotentes y anónimos, y nues-

tra morada entera se diluía con una alarmante ingravidez de espuma, empezó a sernos conocida. Allí comenzó el examen de todo aquello; el examen de que hablara en las primeras páginas, y cuyos resultados nos llenaban cada día más de horror.

Me pides que no prosiga. Pues bien; la verdad es que no todo ha sido así. El examen también arroja resultados de otra índole. Un día, escuchando música de Chile, tuve un recuerdo que no apareció contaminado.

Tendría yo nueve o diez años. La pieza de Maruja, la antigua cocinera de mis abuelos, en la parte de adobes de la casa vieja del campo, en la parte de un piso que daba al nogal, me atraía prodigiosamente. A su puerta iba a golpear en busca de su hijo Carlos, ese largo y flaco muchacho moreno que me fabricaba coches de madera, pistolas que disparaban trozos de palo mediante un dispositivo de elásticos, plataformas de tablas en las ramas del pino, y que luego me inventaba cómo jugar con ellos. Me llenaba la más expectante emoción ante la posibilidad de verlo salir y, en el breve espacio del abrir y cerrar la puerta, mirar hacia adentro, al cuarto misterioso con los catres de bronce, los cubrecamas de cuadrados multicolores, las paredes cubiertas de oleografías de santos, retratos de sus familiares para mí desconocidos —que una o dos veces vi, en domingo en la tarde, tomando mate en la cocina, con el asombro con que habría visto, por ejemplo, saltar a un caballero armado de una página de las leyendas del rey Arturo— tapas de revistas con jugadores de fútbol o actores de radioteatro, cinturones de paquetes de cigarrillos, hojas de palmas desteñidas y tiesas de un Domingo de Ramos, retratos de sus patrones preferidos (aquel tío a quién mi abuela sorprendía trepado a la ventana de su cuarto cuando, de madrugada, salía para atender la misa en el convento de los franciscanos, y por quién se dejaba convencer de que, en vez de ir entrando, iba saliendo para acompañarla; aquel otro que vendía perfumes Vanka en una camioneta cuyo despliegue de propaganda

con parejas besándose movió a mi abuela a impedirle que la estacionara cerca del nogal si no la cubría con una lona); pequeños cuadros, además, que mi abuela le había regalado, espejillos, una bandera chilena traída del 18 en que fuera a ver a los militares, imágenes de santos benditos por el señor Obispo, una virgen de yeso, cientos de revistas viejas sobre la cómoda y la mesa redonda con cubierta de mármol, hatos de ropa sobre las sillas de mimbre, y la radio encendida.

Siempre se escuchaba en aquella radio música distinta de la que podía escucharse en la nuestra, era como si ambas hubiesen estado conectadas a cadenas propias de emisoras.

La radio de Maruja tocaba "Antofagasta". Cuando aquella tarde fría y lluviosa lo oímos en nuestro cuarto de hotel, los golpes de las puertas mosqueras empezaron a sonar entremedio del vals; los gran daneses pusieron a sacudir la cola; empezaron a roncar los grillos, a murmurar las moscas, a picar el sol, a dar ganas de comer duraznos; empecé a sentir las manos sucias de tierra, y las sandalias con terroncillos duros; el frío del piso de cemento del corredor en las nalgas, el rumor del agua de la acequia, la marcha acompasada de un caballo en camino al corralón...

Años más tarde, lo escuché, por fin, en una radio que no era la de Maruja. Era la primera radio que tuve yo. Y era mía.

El locutor describió "Antofagasta" como el vals inmortal del malogrado compositor y pianista Armando Carrera.

Y Armando Carrera pasó a ser para mí un admirado personaje romántico, un desgraciado pianista de cabaret, lleno de talento y perseguido por la mala suerte.

Cuando años después estuve en Antofagasta, la hirviente ciudad del norte, gracias al recuerdo del vals inmortal del malogrado pianista y compositor, me fue romántica. Y busqué el cabaret donde Carrera, ebrio y pobre, ha de haberse ido perdiendo.

Como puedes ver, esta es una de las raras imágenes en que no hay engaño. No obstante, digo esto último con ciertas reservas. Si lo es, el sosiego que habría debido producir no se produjo. O se gastó muy pronto. Tú lo sabes. Aunque estuvimos siempre juntos, hubo momentos en que no lograba llegar a ti, y me sentía horriblemente solo. Te miraba dormida, me acercaba, te palpaba, escuchando tu respiración, besándote, y no podía fundir el círculo de hielo que me aislaba. Podía pasar largas horas desvelado, con la vista fija en la tiniebla del techo, como si tú ni nadie existieran ni hubiesen existido nunca. Una nueva cadena de remordimientos se agregaba entonces a la que me había puesto en ese estado.

Mi relación con los hombres se me aparecía sólo como una búsqueda de fuerzas para medir las mías, como una búsqueda de ecos. En esas noches alcanzaba el tope de mis limitaciones, me estrellaba contra ellas, queriéndolas romper a cabezazos. Era como estar dentro de una camisa de fuerza. Intentaba respirar hondo, hinchar los músculos, y estallar para romperla. Pero comprendía con horror que no podía. Me preguntaba qué era lo que me negaba el acercarme a los demás sin ese afán de medirlos para buscar la brecha por donde clavarles una astilla; qué era lo que me impedía sonreírles, simplemente, con dulzura y honestidad.

Me cansé de culpar a Dios y de culpar a la maldad del mundo, y me he cansado de culparme a mí mismo. Pero no vayas a creer, por ello, que me siento libre de culpa. Sólo que voy descubriendo qué y quiénes me han metido en este lío.

Pienso en otros hechos de mi infancia, en mis juegos con los niños de los campesinos. Recuerdo que ningún día de la semana me gustaba tanto como los sábados de pago.

Me ponía junto al mayordomo en el escritorio de la casa vieja, y lo escuchaba cantar los nombres de los inquilinos, que acudían frente a la ventana, saludaban tocándose el ala del sombrero, y escuchaban en silencio la

suma hecha en voz alta de los días y los tratos. "¿Conforme?", inquiría el mayordomo. La respuesta era un ambiguo gruñido de asentimiento.

Pronto me aburría allí, y me iba al jardín. Entre los árboles, los hombres conversaban en grupos pequeños e inmóviles. Cuando advertían que yo me acercaba, inexplicablemente callaban.

Porque habían estado hablando de mujeres, creía yo. Me hacían siempre bromas, alguno me acariciaba el pelo, preguntando "¿Qué dice el patrón nuevo? ¿cuándo salimos a caballo?".

Si mi madre veía la escena, era probable que al cruzarse en los días siguientes con ese hombre le dijese, "Cómo te va Segundo, cómo está tu mujer" o que pasara a su casa, para enterarse de si había algún niño enfermo. También ella se sentía culpable, y no podía comprender aquella resignada dulzura. Tampoco, sin embargo, comprendía cuando alguien descubría una veta de odio. El imprudente era, lo antes que se pudiera, removido del fundo.

Luego, yo me iba al grupo de los jóvenes. Allí hablaban comúnmente de fútbol. Eran los que menos me gustaban, pues respondían a mis preguntas con una ironía que me desconcertaba.

Pronto me reunía a los menores bajo la sombra del nogal. Venían con sus padres o hermanos, o enviados por ellos a cobrar los jornales.

Nunca había tantos para jugar como en aquellos días de pago; por eso, yo los esperaba con ansias durante la semana entera. Echábamos suertes y empezábamos el credo. Nunca era fácil, pues cuando para contar primero salía sorteado un rebelde, se negaba a hacerlo con toda clase de argumentos. El más frecuente, e irrefutable, era, "Yo no cuento primero porque es una trampa". Así pues, debíamos echar suertes de nuevo. Y de nuevo. Hasta que, por lo común, se ofrecía un voluntario para salir del impasse. Y cuando, a pesar de innumerables repeticiones, el

voluntario no se hacía presente, desistíamos, corriendo a treparnos al pino para jugar a otra cosa.

El juego que mejor recuerdo, dada la perspectiva que ahora me muestra todo aquello, me inquieta por su secreta monstruosidad.

Hurgando un día en el subterráneo, descubrí una vieja bolsa con palos de golf que fueron de uno de mis tíos. Los tuve a mano para el sábado siguiente, sin revelar el hallazgo a mis padres, pues vagamente percibía que mis proyectos no les habría de gustar, y cuando empezaron a llegar los peones a pagarse, reuní a los niños y les enseñé la bolsa. En medio de gran alboroto, iniciamos una discusión respecto al modo en que debíamos jugar. Expliqué: cada uno debía coger un palo, y lanzar la pelota hacia un blanco en una dirección determinada, parte de un recorrido circular cuyo trazado era lo primero que debíamos hacer. Pero debíamos jugar en calma, respetando un orden preestablecido. Eso era lo más importante.

Si no traiciono mis recuerdos, me parece que mi explicación me iba pareciendo, mientras la hacía, profundamente tonta. Y, más, inservible. No puedo, desde luego, haberlo sentido así —era entonces demasiado niño—. Pero puedo haber sentido, de manera más simple, sin saber por qué, “que la cosa no iba a resultar”.

Y por cierto que no resultó. Ahora comprendo que no podía. Los niños me escucharon en un silencio cuya contrariedad crecía sin expresarse. Luego, cogieron los palos, con un desencantado interés, y de pronto las pelotas empezaron a volar al mismo tiempo en todas direcciones.

Afortunadamente, mi padre había salido ese día, y recuerdo cómo, al no tener su vigilancia, me incorporé al desorden con un frenesí que ahora juzgo como un acto de profunda autenticidad. Una de mis pelotas voló contra el antiguo torreón cubierto de yedras de la casa vieja, y reventó un ventanal.

El sonido de los vidrios detuvo la operación del pago y, antes de que el mayordomo alcanzara a vernos, se nos acercaron algunos peones haciendo callar, con una temerosa urgencia, nuestras carcajadas de alegría.

Al sábado siguiente, vinieron conmigo mis primos. Los niños de los peones aguardaban rondando excitados la terraza del comedor, donde Maruja nos servía té y controlaba que lo tomáramos en orden.

Le pedimos, recuerdo, manjar blanco, de aquel que ella sabía hacer tan bien. Y aprovechamos su salida al repostero para escapar al jardín con los palos de golf.

Esta vez, el nogal resultaba un sitio demasiado próximo y peligroso, y nos abalanzamos a los corrales en un tropel lleno de gritos entusiasmados. Allá nos repartimos los palos, sorteamos dos capitanes, y fueron escogidos dos equipos en los que mis primos y yo quedamos aparte. En medio de una polvareda magnífica, iniciamos una partida de algo así como fútbol, cuya culminación fue un sinnúmero de contusos y algunos palos quebrados.

Uno de mis primos recibió un golpe en la canilla y, mientras volvíamos a casa, mugrientos y sudorosos, cojeaba y decía, "Claro, por jugar con rotos, le pegan a uno a propósito; rotos de mierda".

Recuerdo que me enfurecí y como el inocente que era, lo hice callar, "¡Qué te has creído! ¿qué porque tienes plata eres distinto? ¿No somos todos hijos de Adán y Eva?".

Tú comprendes por qué te he contado esto. No debiera insistir, como ya lo he dicho varias veces a lo largo de esta historia; no debiera insistir en los recuerdos. Mucho más sensato sería hablar de lo que nos ocurre ahora, de lo que estamos ahora viviendo. Pero ¿es que acaso el presente y el pasado pueden separarse? ¿No te parece que el pasado cambia a medida que cambia el presente? ¿que diversas luces lo van iluminando y lo transforman?

No podría decirte cuándo fue que comprendí el engaño encubierto en eso de ser todos hijos de Adán y Eva.

Quizá no mucho después de esa partida en que a mi primo le golpearon las canillas. Un día me las golpearon a mí. Se me hizo ver que el motivo era la amargura, pues si bien todos éramos, en efecto, hijos de Adán y Eva, había ciertas diferencias que no convenía olvidar. Además, esos niños carecían de buenos modales.

Más tarde se me dijo que había una razón profunda para que las cosas fuesen como eran: Dios las había hecho así. Lo que, sin duda, era terrible. Y nuestra posición privilegiada nos imponía el deber de enmendar la obra de Dios y ayudar a esa pobre gente. Me pareció muy raro. Sin embargo, no pude más que acostumbrarme a la idea de que esa pobre gente no era gente; es decir, de que si bien tenía el derecho de recibir nuestra ayuda, no tenía el de ayudarse por su cuenta. Eso era presunción, atrevimiento y soberbia. Eso había que pararlo. A toda costa. Pero algo muy molesto había ocurrido en el mundo, algo inexplicable, y esa gente se veía cada día más resuelta a desdeñar nuestra ayuda que, no obstante, —gracias, sin duda, a un cambio en los planes divinos— era cada día mayor. Llegamos hasta el noble gesto de permitirles una módica educación. No les bastó. El mal se apoderaba del planeta. Fuimos todavía más allá, les ofrecimos la reparación de nuestras tierras. Como si tal cosa. No picaron.

¿Comprendes, ahora, por qué nos desprecian estos ingleses? Ya no basta con inculparlos a ellos ¿no crees?

Ya sabes, en parte al menos, por qué allá no se puede crear un mundo nuevo y propio. Nos basta con mover un poco la colita; cuando alcanzamos a escuchar las órdenes del amaestrador; cuando creemos que las hemos entendido bien. Por eso no podemos todavía actuar acá. ¿No te llama la atención la forma en que nos hemos perdido en este mundo enorme; en que nos hemos reducido a nada? En toda esta larga historia no hay acción. Podríamos prolongarla mucho, quizá infinitamente. Pero nunca podríamos poner acción. Tendríamos que inventarla, y ello no respondería a nuestra experiencia. La

acción es un modo de diálogo. Y nuestras voces no se oyen. Tampoco oímos las de ellos: no se dirigen a nosotros. Estamos aislados.

Tras lo que digamos hay algo ¿verdad? que no hemos advertido. Algo importante que se nos escapa, porque nuestra sensibilidad no alcanza a captarlo. Algo que tardaremos muchísimo en comprender; quizá, mientras no *seamos* no logremos comprenderlo nunca.

Recuerda aquella vez que fuimos a la Torre y escuchamos a un guía conducir a los turistas.

“Toda suerte de conspiradores e intrigantes de fuste”, decía vestido en sus coloridas ropas de estandarte, “o simplemente de nobles caídos en desgracia, han dejado aquí parte de sus vidas. O la cabeza, si el destino tuvo la merced de hacer correr por sus venas sangre real”. Se subió a un banco en medio del patio cubierto de pasto y contó historias. La del pequeño Eduardo V y su hermano el duque de York, los niños asfixiados por una almohada y encontrados doscientos años más tarde por un monje bajo una escalera. La de varias esposas del corpulento Enrique VIII, decapitadas en un sitio hoy de apariencia angélica. La de Lady Jane Grey, reina durante nueve días, ejecutada también allí por María I, una de las esposas de Felipe II. La del conde de Essex “caballero que perdió el favor pero no el respeto de Isabel I, y a quien le fue concedida la honra y el placer, de pasar a mejor vida en este mismo ilustre patíbulo que ustedes ven. Y no en la plaza pública, como le habría correspondido por ser meramente un noble, y no un miembro de la realeza”. Luego, mostró la vereda sobre un muro por donde paseó su encarcelamiento Walter Raleigh. “Su estada acá”, prosiguió imperturbable, “resultó fructífera. Le proporcionó la calma que su espíritu aventurero le negaba, permitiéndole así escribir su “Historia del Mundo”, obra de la que todo inglés debe sentirse orgulloso”.

Si no tenemos cautela, podríamos creer que esto es

todo ¿verdad? Sin embargo, no tenemos la capacidad de saber qué es lo otro.

Hemos dejado el hotel en el barrio de Earl's Court, porque hemos hallado un alojamiento. Pero ¿crees, acaso que es permanente?

No quiero desengañarte, más tampoco quiero que sigamos viviendo engañados.

No es sólo eso: hemos visto. Y no podemos hacerlo. Aceptemos el hecho. Las cosas no tienen comienzo ni fin. Esta nueva morada no es, todavía, la nuestra. Mucho nos falta para acondicionarla a lo que somos. Y, no lo dudes, para acondicionarnos nosotros a ella. Podemos, sin embargo, aunque tal vez por largo tiempo demasiados solos, estar aquí, en este mediodía de sol, cogidos de la mano, y disfrutando de cierta calma.

Hemos puesto mis libros en un estante, nuestra ropa en el guardador, hemos armado el lecho y hemos salido aquí, a la calle.

Es una callecita asfaltada que baja suavemente la colina. La calma es lenta, es dulce. El cielo está abierto y corre una muy ligera brisa fría. A lo lejos, bordeando la colina, se escucha el fragor de la ciudad. Se extiende a nuestra espalda, más allá de unas casas con pequeños jardincillos, y entre las copas desnudas de los árboles, sumida en una bruma pálida y azulada.

Cantan los pájaros en las copas de los árboles. Un hombre, en la pendiente, hace infructuosamente andar el motor de partida de un auto.

El frente liso de las casas blancas se alza ante nosotros, guardado por las breves rejas pintadas de color.

A un costado de la pendiente se halla el cementerio: el bosque de lápidas verticales detenido en un grupo de pinos, guardado por una larga reja negra.

Si dejáramos nuestro lugar y caminásemos hacia abajo, veríamos una alta y alegre y angosta casa amari-

lla frente al cementerio; y a su lado, una rosada. Ambas con las cañerías del desagüe pintadas de negro y un pequeño pórtico, como jaula de pájaros cantores.

Hay que alegrarse antes de terminar, dijimos. No es fácil hallar una morada, pero buscándola, uno se alegra. Cogidos de la mano, entramos a la que, por el momento, hemos hallado. La verdadera, sin embargo, está allá, donde tenemos que hacerla, al otro lado del mar.

Londres, Marzo 1962.

LAS DOS CARAS DE JANO

por *Cristián Huneeus*

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico, S. A., el 30 de junio de 1962, en las prensas de la misma Editorial, Alonso Ovalle 766, Santiago de Chile.

¡ P R O N T O !

"EL PROTESTANTISMO EN CHILE"

por *Ignacio Vergara*

Estamos a pocos meses de la inauguración oficial del Concilio Ecuménico. Una de las actitudes características de este Concilio será la voluntad de lograr un acercamiento significativo y perdurable entre los diversos movimientos cristianos que animan nuestro mundo contemporáneo. Uno de los postulados esenciales de esta voluntad de unir consiste en acentuar, no lo que diferencia a los cristianos, sino lo que los asemeja. Y para ello, es indispensable que los cristianos se conozcan, objetivamente, sin malicia, sin recelos. Tal ha sido el propósito de esta obra don Ignacio Vergara. El mismo nos dice en su prólogo:

"Estas páginas tienen por objeto dar a conocer el protestantismo chileno a todas las personas de buena voluntad que deseen conocerlo. Porque el protestantismo significa, en Chile, la orientación espiritual de una cantidad no despreciable de cristianos del país.

"Es un hecho que el movimiento protestante ha crecido en Chile con un ritmo mayor que en ningún otro país sudamericano.

"Quiero declarar, de partida, que el presente trabajo no responde a ninguna intención de ataque. Es sólo un estudio, que he tratado de hacer en la forma más objetiva posible, y en él el pensamiento de quienes tienen otras ideas ha procurado ser respetado, pues pienso que ese respeto es la primera contribución que se puede hacer a la verdad; y "la verdad nos hará libres", (Jn. 8, 32").

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

Ahumada 57 — Casilla 3547

Santiago de Chile